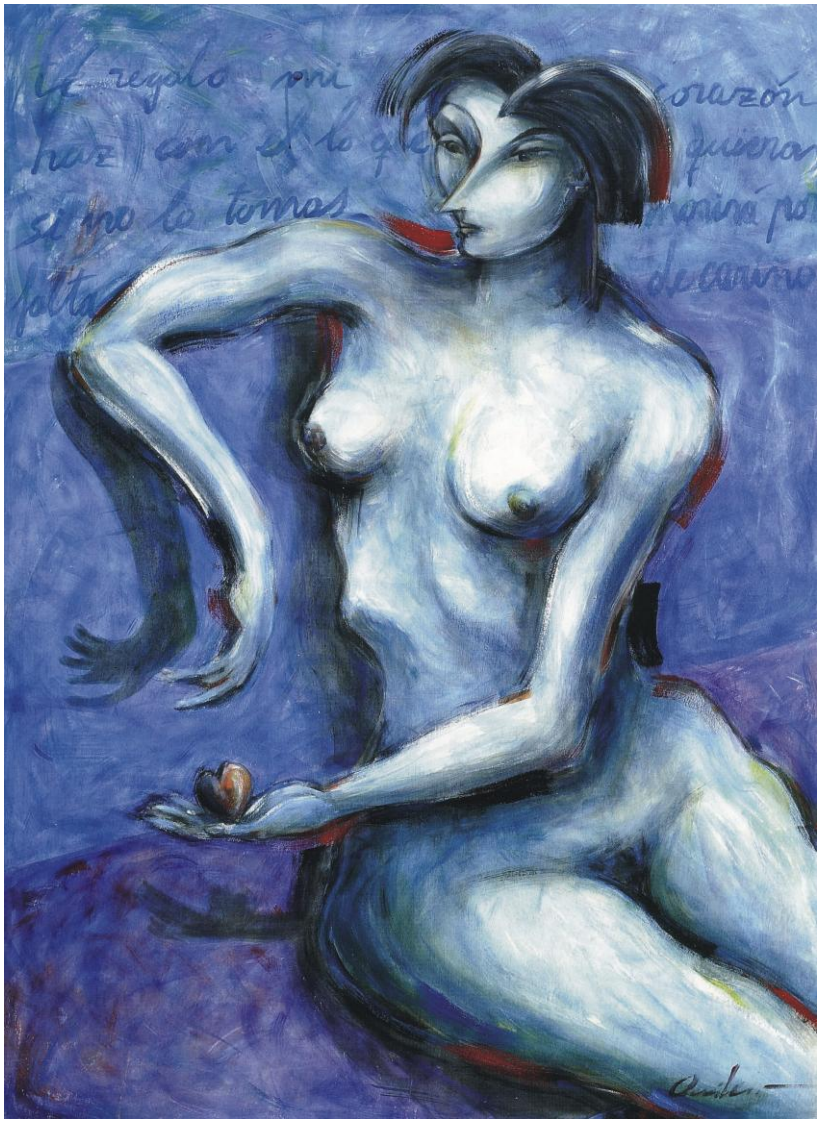
AUCA

REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA



POESÍA
NARRATIVA
MÚSICA

ARTES PLÁSTICAS
CINE
ACTUALIDAD

Asociación Cultural Auca de las Letras
Revista cuatrimestral
Precio: 3€

Nº 11 noviembre 2007

AUCA

© De los autores

Dirección : María José Arques
Subdirección : María Amparo Benito Díez
Coordinación : Manuel Parra Pozuelo
Consejo de Redacción : Francisco Alonso Ruiz, María José Arques, Francisco Javier Fernández, María Rosario Mohinelo, Manuel Parra Pozuelo, María Isabel Pintos,
Consejo Asesor : Mati Bautista, María Amparo Benito Díez, Lucía Espín, Sergio Gadea, Luis S. Taza Hernández, Julia Díaz, Trinitario Rodríguez, Mercedes Rodríguez, Dorrit Ziehl.
Maquetación : Francisco Javier Fernández
Diseño : Grupo Cultural "Auca de las Letras"
Delegada de ventas : Lucía Espín
Depósito Legal : A-469-2004
ISSN : 1697- 9877

Ilustración de la portada: *Te entrego mi corazón,* de Vicente Quiles

Imprime: Copistería Velázquez. GRAFIBEL 2010. S.L.
C/ Padre Mariana, 15 – bajo. 03004 Alicante.

Colaboraciones y correspondencia:
C/ Martín Lutero King 4, Bloque 4-1, 5º C, 03010 Alicante.
mariajoseac@ono.com
Móvil:679248312
aucadelasletras@hotmail.com

En relación con posibles colaboraciones, aquellas personas interesadas en realizarlas deberán dirigirse a nuestras direcciones de correo electrónico o postal para solicitar las normas de estilo de AUCA y enviar sus escritos inéditos, en prosa o en verso, que en ningún caso serán más de dos, con arreglo a estas normas, a la dirección y en el formato que se indican. El consejo de redacción decidirá, en todo caso, sobre la pertinencia de su publicación.

La revista Auca no comparte necesariamente las opiniones vertidas en sus páginas, siendo los contenidos responsabilidad exclusiva de los autores.

ÍNDICE

Editorial	María José Arques	4
Canto amigo	Manuel Parra Pozuelo	5
Para escribir el poema	Francisco Alonso Ruiz	7
El despertar	Airam Lebasi	9
Partida en dos	Mercedes Rodríguez	11
La mensajera	Antonio Porpetta	12
El corazón en una caracola	Mª Amparo Benito Díez	13
Vencida quedó la noche	Luis S. Taza Hernández	14
Liras al rojo	María José Arques	15
¿Para qué sirve la poesía?	Fco. Javier Fernández	16
Si no te vas	Cristina Espinosa Cóppola	18
El doble filo	Julia Díaz Climent	19
Volver a casa	María Rosario Mohinelo	20
Semanario (mínimos poemas a los dioses de cada día)	Mercedes Rodríguez	22
Viento de versos	Lucía Espín	23
La casa de la Cuesta de Santa Inés	Carmen Mª Camacho Adarve	24
Invitación a la alegría	Francisco Alonso Ruiz	26
Tras los pasos de los caminos del agua	Airam Lebasi	27
Hotel Etéreo	Mª Amparo Benito Díez	30
La amiga	Andrés Neuman	31
Sin ti	Luis S. Taza Hernández	32
Un lugar en el que está la casa	Antonio Esteban González Alonso	33
Il.luminada de memoria	Teresa Serramià i Samsó	35
Memorias de Ibiza	María Rosario Mohinelo	37
Les golfes	Joan Adell Álvarez	40
Si el pintor alumbra cuanto Mancha...	Fco. Javier Fernández	42
Jazz para principiantes	Sergio Gadea Escudero	44
Con *Ella Fitzgerald*	Mercedes Rodríguez	46
Tierras heridas	José Antonio Navarro i Ballesta	47
Aquel invierno	María José Arques	48
Debe nacerme una paz urgentemente	Julia Díaz Climent	49
¿Por qué?	Manuel Parra Pozuelo	50
Psiquiátrico	Lucía Espín	51
Los laberintos	Francisco Alonso Ruiz	52
Sombras de otoño	Airam Lebasi	53
El arte, sueño humanizador	Vicente Quiles	55
La casa de mis sueños	Mª Amparo Benito Díez	56
Saoro	Luis S. Taza Hernández	57
El tálamo arrasado	Julia Díaz Climent	58
Comprendí que había llegado	María Rosario Mohinelo	59
Labios de granito	Fco. Javier Fernández	60
Retorno a la casa de la niebla	Roque Pérez Prados	62
Pasión y Fe	María José Arques	66
El placer de narrar	Manuel Parra Pozuelo	67

EDITORIAL

De nuevo nos encontramos citados con la página impresa, comprometidos en este reto incesante que consigue embelesarnos con cada número y nos hace disfrutar de su elaboración y del placer de los que saben entregarse a la belleza.

Parece que fue ayer cuando la Asociación Cultural Auca de las Letras, en un acto celebrado el dieciséis de abril del año dos mil cuatro, en la Sala de Ámbito Cultural de El Corte Inglés de Alicante, se dio a conocer como grupo. Muchos acontecimientos han sucedido desde entonces y muchas emociones de todo tipo nos han embargado, como nuestra gran satisfacción al comprobar que el número de integrantes del grupo va creciendo. Dos nuevos socios han pasado a formar parte de la Asociación Auca de las Letras. Les damos las gracias por elegir la opción de acompañarnos en esta gratificante aventura y les ofrecemos nuestra cálida bienvenida. Se trata de Trinitario Rodríguez Molina y Mercedes Rodríguez García-Olías.

Así mismo, reiteramos nuestro agradecimiento a los suscriptores de Auca, que nos están ayudando a mejorar esta publicación cuatrimestral que avanza tanto en su calidad literaria como en su aspecto visual. Tal es el caso de Carmen María Camacho Adarve, nueva suscriptora, de la cual podemos leer en este número su relato *La casa de la Cuesta de Santa Inés*, una divertida historia sobre mascotas.

Publicamos en este número los cuatro primeros premios de la segunda convocatoria del concurso literario para mayores *Escritura y Memoria*, organizado por la Federación de Comisiones Obreras de la Unión Intercomarcal de L'Alacantí-Les Marines. Nos congratulamos al informar de que el Primer Premio de Narrativa en castellano de este certamen le ha sido concedido a nuestra compañera María Rosario Mohinelo, por su relato *Memorias de Ibiza.* El Primer Premio de Poesía en castellano lo ha obtenido Antonio Esteban González Alonso, con su poema *Un lugar en el que está la casa. Il·luminada de memòria* es el título de los versos con los que Teresa Serramià i Samsó ha ganado el Primer Premio de Poesía en valenciano y Joan Adell Álvarez ha sido merecedor del Primer Premio de Narrativa en lengua valenciana con su relato *Les golfes.*

Entre los textos de nuevos colaboradores podemos leer los versos de Antonio Porpetta, que nos ha enviado su poema *La mensajera*, perteneciente a un libro que verá la luz próximamente, *La mirada intramuros.* Le agradecemos la deferencia de regalarnos esta primicia.

Cristina Espinosa Cóppola nos ha remitido su poema *Si no te vas,* Primer Premio Ciudad de Archidona Agosto 2003; Andrés Neuman colabora en esta ocasión con *La amiga;* José Antonio Navarro i Ballesta nos conduce a pasear por las *Tierras heridas* de sus versos; Vicente Quiles, creador de la portada de este número, titulada *Te entrego mi corazón* nos habla de la función principal del arte, humanizar, en su artículo *El arte, sueño humanizador* y Roque Pérez Prados nos inquieta con su relato *Retorno a la casa de la niebla.*

Muchos y fructíferos son los proyectos en los que estamos comprometidos. Los más destacados en la actualidad son crear nuestra página web, para cuya elaboración contamos con la inestimable labor del técnico informático Antonio Limiñana Benito y la puesta en marcha de un taller dedicado a Vicente Mojica, coordinado por nuestro compañero, el profesor Manuel Parra Pozuelo.

Deseamos seguir gozando del beneplácito de nuestros lectores, que nos muestran su apoyo incondicional.

María José Arques

Canto amigo

Para mis aucanos amigos y amigas, en Socuéllamos,
en el último destello del verano del dos mil siete.

Digo siempre por derecho
lo que de mi pecho brota.
Digo siempre a lo hecho pecho…,
y apuro la última gota.

Así he puesto por escrito
lo vivido y lo sentido,
así ha brotado mi grito
y así mi grito han oído.

Pocas veces la belleza
a mis palabras inspira
y es muchas más la tristeza
la que se escucha en mi lira.

Pero yo pongo en mis versos
lo que muy dentro ha nacido
y así han crecido diversos:
bien o mal, –¡cómo han podido! –.

Mi canto siempre lo dice
y lo repite, sincero,
que el dolor se cauterice
es lo que quiero y requiero.

Aunque quise ser esteta,
ante penar tanto y tanto,
mis intentos de poeta
se desbordaron en llanto.

Mi voz se fue con la gente
y en ella está aposentada,
no sé si ha sido valiente
aunque nunca temió a nada.

Universal la quisieras,
universal y total,
sin límites ni fronteras,
ni principio, ni final.

¿El eco de tus palabras
logrará no perecer?
¿Podrá el surco que tú labras
durar y permanecer?

Saberlo es cosa intrincada,
sólo podemos mirar
el agua que, apresurada,
también nos ha de llevar.

Pero quedará su intento,
quedará su voluntad,
quedará su eco en el viento
y quedará su verdad.

A todos quiso llegar
a todos los que sufrimos
de la angustia y el penar
desde que apenas nacimos.

Irá con los que estuvieron
con el río y su corriente,
irá con los que se fueron
donde la luz está ausente.

Para todos es mi copla
mi canto por todos va,
quiere ser viento que sopla
y que con todos está.

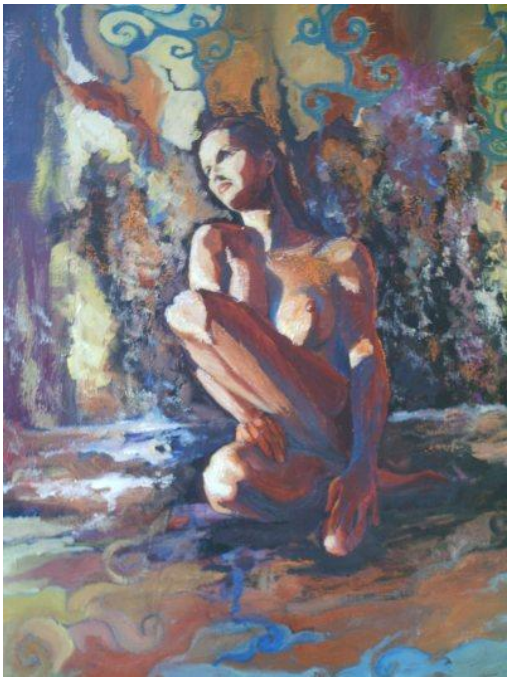
Hemos escuchado el son,
este son que es un testigo,
este son que es como un don,
como una espiga de trigo.

Antes que este canto acabe
en esta estrofa postrera,
os envía el autor la llave
con que abrir la primavera.

Amigo, dame tu mano,
y tú, mi amiga, también,
y toma mi canto hermano,
donde el mal está hecho bien.

Manuel Parra Pozuelo

Para escribir el poema



Para escribir el poema
ha de llegar tu mano
a excavar en el último hueco,
buscando el paroxismo más profundo
de la sangre y el alma.

Con las palabras no. No con palabras
se expresa el grito ronco,
la excitación obscena de la piel,
el amor ineludible y
el galope del hueso y del llanto y la pena
que sobresalta y rompe
todos los engranajes
con inexpresadas convulsiones y pálpitos.

No con palabras. Las palabras son,
aunque sean necesariamente propicias,
sólo aparatos, artilugios, mecanismos,
con los que aproximar los límites,

pero nunca se alcanza
el sitio exacto, el resplandor auténtico,
lo que le duele al ser humano en su
cartílago, en toda su estructura,
en la vena más escabrosa.

No, con las palabras no se escucha nunca
el desorden y el descalabro
de la célula,
ni el pulso de la propia respiración,
ni el tiempo que comienza
o que acaba contigo.

Hay que usar el lenguaje,
pero no dices lo que dices con el idioma,
sino con la mano y con el sexo,
y la oreja y la boca que grita.

Tienes que desnudarte de costumbre y de traje,
de día y de noche, y de puerta y ventana,
ser más tú sin camisa ni corbata ni aliento.
Quédate, si hace falta, si te es necesario,
para iniciar el canto, el llanto, el largo grito,
solo en la inmensidad de tu nostalgia antigua,
de lo que caminaste una tarde, sin símbolos,
sin mitos ni leyendas, ni perspectivas. Con
sed de andar aún más lejos, y hambre
de que todo sea tuyo, siendo todo
lo que tú eres. Con bacilo y virus,
con carroña y con barro
y pereza y orgullo y la rabia más terca,
con todo lo que eres más ancho, más distinto,
más oscuro tal vez.

Misterioso y terrible lo que existe
que no se asombre ni se asuste quien
se atreva a entremezclarse
con tus aullidos, pero
que sí se agite la desnuda tierra,
con lo que pueda ser
el clamor de tus vísceras,
la fuerza inenarrable de lo que alienta en tu
alma y en tu estómago y corazón. Que el viento
debiera estremecerse al escucharte a ti.

Francisco Alonso Ruiz

EL DESPERTAR

El río se remansa en los rincones, espejeando los rayos de un sol cansado. Un muchacho desde una pequeña playa que forma el cauce, bordeada de frondosa vegetación, lanza palos y piedras que rompen la lisura y producen ondas concéntricas que mueren pausadas en la orilla. Las plantas selváticas en la umbría hacen de aquel lugar un oasis de soledad y belleza. El fluir del agua ruidosa al caer por las *canles* completa un cantar donde miles de insectos pululan por el aire y liban en las flores de múltiple colorido que tapizan la maleza. Un perro acompaña al muchacho. Salta, da ladridos, escarba en la arena, corre alrededor, pero se niega a portar los palos o las piedras que le arroja al agua. El muchacho lo persigue y trata de obligarlo.

–¡Quieto, Tonto! Obedece. Tienes que traer lo que te tiro. Lánzate a recogerlo. ¡Hale, Tonto! No seas quejica–le grita.

Tonto duda de todo. Su pelaje rojizo de *setter* chorrea. A su piel mojada se pegan hojas y arenas que le dan un aspecto de chucho abandonado. Los gritos del muchacho no hacen más que irritarlo. A él eso de traer un palo o una piedra le parece un trabajo inútil. Si fuera un pato o una avutarda lo haría pues ese es su cometido. Así que se niega a obedecer y elude como puede las manos de su amo. Se repiten las carreras y los juegos. Unas veces es el muchacho el que se moja, otras es el perro Tonto el que se niega y es arrojado al líquido elemento a la fuerza.

El muchacho, de figura desgarbada y aspecto enclenque, está en la edad del despertar. Su voz distorsiona los sonidos con los gallos propios de la adolescencia. Lleva el pelo cortado en melena que le cubre las orejas y en la frente un flequillo descuidado que casi le tapa los ojos. Su tez es muy clara. La nariz destaca en unas facciones afiladas que prometen una cercana belleza. Es alto. Se viste con pantalón corto y camiseta. Está empapado y las ropas húmedas marcan sus huesos y resaltan el sexo bien desarrollado.

Una mujer se acerca y Tonto dando un salto sacude el agua de su lomo y salpica a la mujer, que se aparta riendo. Tonto, no contento con esto, con las patas traseras la rocía de arena, a velocidad de vértigo. Interviene el chico sujetando al perro. Pero Tonto no cesa en sus ataques a base de triquiñuelas.

–¡Para! perro tonto. No sirves para nada. Eres un perro salvaje e ignorante.

–Es tontito –dice volviéndose hacia la mujer.

Tonto deja de molestar a la mujer y se pone triste. Va hacia su amito, éste le acaricia la cabeza y le da un ligero toque en la nariz.

–Trato de enseñarlo pero es incapaz de comprender el juego. Además es muy maleducado con los extraños.

La mujer le sonríe y se sienta en la arena. El perro, al ver que se queda, le vuelve a tirar tierra. El muchacho le riñe y lo aleja. Le ordena que se esté quieto. Enfurruñado, Tonto se enrosca sobre sí mismo y simula que duerme. El muchacho vuelve al lado de ella y se echa.

–Es un perro tontito –mientras la mujer se sacude la tierra la mira con atención.

Es una mujer morena de largas piernas que una minifalda deja al descubierto. Su melena castaña encuadra un rostro hermoso.

–Chico ¿qué haces en esta parte del río? –su voz es suave y clara como una brisa nocturna.

–Juego con Tonto e intento adiestrarlo. Me mojo porque es rebelde a portar cosas que estén en el agua y tengo que arrastrarlo y la mayor parte de las veces soy yo el que se mete.

–¿Sabes qué eres muy atractivo? –dice mirándolo de arriba abajo con picardía.

–Es que soy de Madrid –contesta el muchacho con gesto burlón. –Y tú, ¿de dónde sales? Nunca te vi por aquí.

–Soy una ninfa.

–¿Una ninfa? –El muchacho se ríe y sacude el flequillo con admiración. Con cierta curiosidad pasa con delicadeza la mano por el muslo moreno.

–No tienes escamas. Pareces de seda –Su mano sube por la piel satinada y su boca emite un murmullo.

–¡Qué gusto! Sigue buscando escamas por mis caderas. Sigue recorriendo mi piel. Tus manos están calientes. Tu tacto me estremece. –La mujer se tiende para que él pueda acariciar su cuerpo y explorar bajo la falda.

Él se inclina sobre ella y posa sus labios en los pezones turgentes que se ofrecen erectos. Llena las manos con los pechos desnudos, los aprieta tembloroso, en una caricia ingenua y torpe.

–Están muy fríos y suaves. –Los calienta con la lengua lamiéndolos con ardor. Apoya la cabeza sobre ellos y besa su cuello de ninfa.

La mujer contesta a sus caricias y baja el pantalón empapado del muchacho. Apoya la mano en su sexo inseguro y se estrecha contra él. Un susurro semejante al caer de la lluvia en la hierba se desplaza en el aire.

Al muchacho se le acelera el corazón y su pulso cabalga por un mundo de temor y de placer. La sangre late en sus venas tan fuerte que teme explotar. Se sume en una inconsciencia desconocida. Acaricia y besa el cuerpo de la mujer con ingenua experiencia. Siente ahogo dentro de aquel sentimiento desconocido que atrae y rehuye. Cierra los ojos y se concentra dentro de ese descontrol que se despierta en su cuerpo. ¿Qué misterio envuelve a aquella mujer? ¿Qué encantamiento le produce? ¿Qué mundo excitante y oscuro hay en su cuerpo de seda?

Extiende sus piernas, la abraza como queriéndola abrigar con su aliento. Es suave y etérea como la luz.

Una lluvia de arena cae sobre ellos acompañada de débiles ladridos que más parecen quejidos. Es Tonto. Salta sobre ellos y alza las patas delanteras. Pasa su larga lengua babeante por la piel desnuda de su amo. Con su miembro erecto en movimiento trata de consumar una cópula. El muchacho se da cuenta y cubierto de rubor, arrastra al perro por la playa hasta que los dos, rebozados de arenas y hierbas, ruedan y caen al agua. Intenta sumergirlo una y otra vez. Luchan. El perro pierde fuerza. Cuando ya está medio desmayado el muchacho lo suelta.

–La próxima vez que hagas esto te ahogo. –Se vuelve hacia la mujer.

–Ninfa, ahora nos dejará en paz. Ha tragado tanto líquido que tiene para un buen rato. Calentaré con mi calor tu piel de nube.

Se dirige al lugar en que estaban con los ojos llenos de sueños.

El silencio le contesta. Un silencio roto sólo por el fluir del agua, el rumor del viento en las hojas de los sauces y el bullir de los insectos que pueblan aquel lugar solitario.

Una grácil libélula se balancea sobre una rama de abedul que penetra en el río despertando a las pequeñas olas del remanso.

Airam Lebasi

Partida en dos

En todos los rincones
en todas las prisiones
en la telaraña de mi alma
altiva y trémula,
en todos los poemas
en todas las palabras
en la urdimbre feroz
del apasionado sentimiento,
por vivir, para vivir
partidme en dos
en dos vidas
en dos muertes
en dos soles
en dos lunas.

Mercedes Rodríguez

La mensajera

Llega a la atardecida,
envuelta en sus presagios,
con retazos de sombra entre sus manos,
cabalgando un caballo sin memoria,
guedejas de crepúsculo en sus riendas
anticipos de noche en sus espuelas,
despacio, muy despacio.
Cuando la ven llegar
enmudecen los álamos,
los pájaros suspenden el ardor de sus vuelos
cesa el viento su llanto en los cañaverales,
y en sus espejos se adormece el río.
Ella avanza impasible, ajena a los silencios
que levanta a su paso.
Con sus dedos de niebla, quedamente,
toma la flor más triste
que crece en la enramada,
y adorna su cabello nevado de ceniza,
de desamor y olvido.
Su mirada
derrama todo el hielo
de los hoscas regiones donde habita
fugitiva del sol, y taciturna.
Tiembla la casa entera
cuando un rumor de cascos desolados
anuncia su llegada,
y el fuego en el hogar extingue su alegría,
y el vino en sus botellas se entristece,
y entre los libros cunde
como un abrumador desasosiego.
Se acerca a la ventana
y escruta el interior con ojos implacables.
Yo la miro de frente y en los míos
–muy cercanas las lágrimas–
adivina certera mi pregunta.
Y enseguida, con voz
extrañamente dulce,
me responde que no, que todavía no,
que cuando Dios decida.
Y sigue su camino,
mensajera del frío más oscuro,
cabalgando despacio,
muy despacio…

Antonio Porpetta

El corazón en una caracola

Afronta el corazón su condominio
rodando hasta alcanzar la caracola,
tañidos
de afluentes escarlata
conectan con el nácar de la concha.

Unión de porcelana y plasma,
aliados,
que por cantar nostalgias
no ignoran,
su efímera existencia.

Venturoso es el mar
que lleva hasta la orilla su caricia
cubriendo a los amantes,
sin preguntarles
su término ni origen;
incógnita de encuentros
con cándidas promesas,
o con la experta
costumbre que no acaba,
aunque la piel deponga su tersura
por tantas despedidas.

No nos precipitemos en aprender,
aquello
que por instinto se percibe,
qué descubra el amor
su permanencia
en monólogos de placer.

Que ya el amanecer
impávido se yergue,
fijando su añil,
indefinido aún,
sobre la arena que acoge
al corazón
en la sinuosa entraña
de una caracola.

Mª Amparo Benito Díez

Vencida quedó la noche.

¡Vencida!
vencida quedó la noche
cuando despertó aquella mañana.
Que no sería otro alba, otro día,
otra anotación en el calendario de las vidas
grises, apagadas, anquilosadas, dormidas.

Vencida quedó la noche.
Las tinieblas fueron derrotadas
por un amanecer diferente.
¡Distinto!

Fue cuando se durmieron los fusiles,
y enmudecieron, por fin, las balas.

Fue cuando el hambre dejó de ser para el hombre.
Y se saciaron todas las bocas necesitadas.

¡Todos los brazos fueron para abrazar!
¡Todos los labios fueron para besar!
¡Todas las voces fueron
para hablar de vida, amor y paz !

La verdad brilló con el sol,
cegando todas las trampas,
impidiendo las argucias
y denunciando las mentiras.

¡La justicia, fue justicia:
justa, imparcial, comprensiva, generosa,
pero firme y decidida!

¡Vencida quedó la noche, cuando aquel sol asomaba
abriendo las conciencias a los helados corazones,
como ríos inmensos de enamoradas flores!

Lejana quedó la noche aquella,
cuando las sombras quedaron derrotadas.

Mas el sol, en su altura,
con su sabiduría, proyectaría nuevas sombras,
para recordarnos que la noche forma parte de nosotros,
como parte de nosotros es el nuevo día.

Luis S. Taza Hernández

Liras al rojo

Pende la luz de un rojo
enardecido en magenta pupila.
Danza la llama en tu ojo,
fiero cabalga su poder, que oscila.
Perdiendo su firmeza, te obnubila.

La escarlata aventura
que supone bailar con una flama,
tu albedrío captura
Te atrapa, sin piedad, en una trama
y dentro de la hoguera, eres la rama.

Pende la luz del grana
que absorbió tu energía en un vistazo.
Tu mente, ya en Nirvana,
sólo busca que un fuerte fogonazo
te libre, en un descuido, de su abrazo.

De escarlata bravura
es el despliegue de tu esfuerzo vano
por centrar la figura
de la lengua ígnea. Rito pagano
que llevó tus sentidos a lo arcano.

Pende la luz al rojo.
En el centro, un mensaje te sugiere,
natural infrarrojo,
que captes el calor que te transfiere.
Que no quema, que no daña, que no hiere.

María José Arques

¿PARA QUÉ SIRVE LA POESÍA?

He aquí una pregunta con trampa, una argucia lingüística que pretende indagar sobre algo que nos concierne.

Si aceptamos la pregunta ¿para qué sirve la poesía? estaremos asumiendo implícitamente que la poesía sirve para algo, estaremos reafirmando, en la propia pregunta, la incapacidad de negación de la posible respuesta, y habrá que convenir en que la utilidad que atañe a lo que verdaderamente importa dependerá de las necesidades subjetivas y de la importancia que den a las cosas sus posibles utilitarios; en otras palabras: la utilidad de la poesía lo será en la medida en que las personas necesiten de ella.

Preguntarnos para qué sirve la poesía es preguntarnos por nuestras afinidades electivas, por esas cosas en las que creemos, y sirve para plantearnos el porqué de algunos efectos y también la sinrazón de muchas causas, pero sirve, sobre todo, para poner en cuestión la mayoría de nuestras certezas.

Comencemos por las evidencias: La poesía es sustancia, mineral alimento, caldo de piedra que restituye en el alma carencias afectivas, reconstituyente o bálsamo que alivia, purifica y cura. Porque el poder curativo del poema está muy por encima de pócimas o alquimias, el efecto sanador de la poesía va más allá de cualquier prescripción médica, de cualquier compuesto vitamínico, de cualquier pomada, ungüento o analgésico, aunque haya personas a las que nada de todo esto les sirva.

Son las mismas personas a las que tampoco les sirven para nada la languidez de las estatuas en los parques, ni los jardines tapizados de violetas, ni el silencio de la nieve cuando cae sobre la hierba o el asfalto, ni el olor de la fruta escarchada en la alacena o el resplandor blanquecino de los cerezos en flor; para nada les sirven las manos ágiles que el niño utiliza para acurrucarse mientras sueña, de nada el parpadeo del sabio ante el asombro, ni la bondad gestual de una madre cansada tras una jornada agotadora.

Es curioso que uno de los lugares comunes más socorridos en contra de la poesía sea el de su falta de utilidad, pero, cuando constatamos la sensibilidad de ciertos hechos, resaltamos la belleza de las cosas más sencillas o promovemos el afecto y la comunicación entre las personas, estamos colaborando para que este maltrecho mundo gire de manera algo más esperanzadora. En esto reside la utilidad de la poesía, en la humilde aproximación a lo cotidiano a través de la palabra.

Pero la poesía sirve para algo más, porque es mucho más que mera producción estética. La poesía sirve, entre otras cosas y no de menor importancia, para ejercer la denuncia, por eso ha sido siempre utilizada por los querellantes, los desamparados, los excluidos, los despechados, y lo ha sido para que su voz pudiera ser escuchada. La poesía es la voz de quienes no tienen voz.

A finales del siglo XVII, Sor Juana Inés de la Cruz, con su poesía, trataba ya de liberar a las mujeres del estigma de serlo y, con ello, se liberaba a sí misma y condenaba a cuantos la humillaban:

> *Hombres necios que acusáis / a la mujer, sin razón, / sin ver que sois la ocasión / de lo mismo que culpáis; / si con ansia sin igual / solicitáis su desdén, / ¿por qué queréis que obren bien / si las incitáis al mal?*

La poesía es útil si posee capacidad para el asombro, si sirve para provocar la perplejidad de quien la enfrenta. La poesía debe sorprender al lector, atraparlo, ganarlo para la reflexión e incluso, si fuera necesario, herirlo, y para ello, se apoyará en la magia ancestral y en el magisterio histórico de sus predecesores: en la mística de Rilke, en el carácter elegíaco que emana todo Catulo, en la obsesión por la forma en los versos de Hölderlin, en Kavafis y el temblor hímnico de sus cantos, en Horacio y su conquista de los placeres mundanos, en el vicio y la voluptuosidad contenida en Giacochino Belli, en la epopeya con que Virgilio recorre su propio relato…

Es útil para el laudatorio. Cuando queremos rendir elogio hacia una película, bien por la calidad de su fotografía o por la capacidad de sublimación del dolor en la trama o por la esplendorosa luminosidad de sus paisajes o la delicadeza del lenguaje utilizado, decimos que dicha película tiene poesía, que sus imágenes son tremendamente poéticas. La poesía sirve para el enaltecimiento de las cosas bellas. Al contrario de lo que hace la filosofía, la poesía habla de la belleza sin necesidad de justificarla: no lo necesita. La poesía es a la belleza lo que la filosofía es a la verdad. Ambas indagan en lo subliminal a lo largo del tiempo, pero así como la filosofía trata de intuir lo que va a acontecer, la poesía tan sólo intenta entender lo acontecido.

La poesía es útil porque es capaz de decir lo indecible y de nombrar lo innombrable; sirve para susurrar “te amo” y para gritar “te odio” utilizando el mismo tono emocional; sirve para comprender el dolor de Vallejo mucho mejor que el nuestro y entender que ese dolor es universal; sirve para creer en el misterio de la inexistencia, en la pureza con que los locos se aferran a la melancolía; sirve para creer en el tránsito de la muerte y en la sabiduría de la luz.

La poesía sirve para calibrar lo que nos es necesario, sirve para distinguir entre lo imprescindible y lo accesorio. Decía Antonio Machado que todo necio tendía a confundir el valor con el precio. Formulaba de esta manera un alegato en favor de lo intangible, tratando de promover con él lo extraordinario de las cosas inmateriales, consciente como era, del inmenso valor de la poesía y de cómo ésta superaba en mucho a su insignificante precio.

Cuestionar el valor de la poesía es cuestionar todo cuanto de misterio y ensoñación posee esta realidad en la que vivimos.

Uno tiene la necesidad de exteriorizar sentimientos que le muerden el corazón, le golpean en el cerebro y le explosionan en el epicentro del alma, produciéndole algo parecido a una catarsis de carácter estético y creativo.

En el siglo VIII anterior a nuestra era, Homero sintió seguramente la necesidad de componer los hexámetros de la *Iliada* o los cantos que ensalzaban el mítico viaje de Odiseo (Ulyses en la versión latina), nosotros necesitamos ahora leer esos versos, recitarlos de nuevo, revivirlos, rememorarlos. Son diferentes categorías de utilidad poética, para unos, la de la transmisión, para otros, la de la recepción y, en muchos casos, ambas. Necesidad de comprender y necesidad de sentir, ejercicio metafísico donde los haya, es decir, poético.

> *…poesía necesaria / como el pan de cada día, / como el aire que exigimos*
> *trece veces por minuto.* (Gabriel Celaya)

El poeta reafirmará su intención poética siempre desde la claridad. Su poesía podrá tender hacia lo metafórico, deslizarse por los vértices borrosos de ciertas imágenes mnemotécnicas, de ideas más o menos abstractas y de signos con una fuerte carga de iconicidad, pero tendrá que estar siempre alumbrada por un don impreciso y sublime si aspira a ser memorable. Si lo consigue, habrá conseguido su propósito de utilidad.

Fco. Javier Fernández

Si no te vas

Primer premio “Ciudad de Archidona” Agosto 2003

Si te vas
me invadirá tu ausencia
te encontraré en mis sueños
te beberé en mis lágrimas.
Sellaré mi corazón
con clavos de sangre ardiente
para guardar tus caricias
tus miradas y tu aliento.
Pero si no te vas
ay, amor, si no te vas
abrázate con fuerza a mi locura
hasta perder el sentido
y asómate con ímpetu a mi cuerpo
descubre sus misterios
intérnate en sus ansias
enciéndelo de besos
¿No ves que siento frío
y tiemblo sin tu abrazo?
Tengamos una fiesta
de amor inagotable
un estallido intenso
de luz, de piel y sueños
los cuerpos aferrados
como una enredadera
bebiéndonos los labios
de miel y de promesas.
Si no te vas
ay, amor, si no te vas.

Cristina Espinosa Cóppola

El doble filo

Deshabitada está la empuñadura de mi cuerpo
y en la tierra clavado está mi sueño,
el doble filo, la doble crin de un potro envenenado
que no puede nacer y está muriendo.

En la arista del norte, en su crin negra,
se debate el latido de mis miedos,
lo que pudo ser y no fue nunca,
lo que pude hacer y ya no hay tiempo.
Lo que será, en su vértigo me aterra.
Lo que ha de ser, me deja sin aliento.

Y en la arista sur de este cuchillo
donde habita el cabello iluminado
la certeza que hará nacer un día
ese potrillo que aún está creciendo.

A veces yo lo miro y ha nacido.
A veces yo lo miro y yace muerto.

Julia Díaz Climent

VOLVER A CASA

¡He vuelto a casa! ¡Estoy aquí de nuevo! Y pensar en tanto miedo cómo he pasado; podría haberme ahorrado esos días de angustia. Es cierto que yo jamás me he distinguido por mi valentía. Soy tan miedosa. Ahora estoy dispuesta a cambiar, dispuesta a comerme el mundo. Si me viera Juan no podría creérselo. Por qué no me habré decidido antes; y mira que me lo decían mis hijos: “Mamá, eso no es nada; luego te alegrarás” Y era verdad; pero el miedo..., el miedo robándome el sueño, apoderándose de mí en cualquier momento..., hasta que no tuve más remedio que claudicar..., no podía continuar así. Era mi única esperanza. Pero ya pasó. ¡Menos mal! ¡Ya pasó todo!

Ahora oigo a Juanito y a Marta trasteando en el despacho. Juanito aprovechará la ocasión para llevarse algún libro, como hace siempre, pero no me importa mientras respete los que más me gustan... Galdós, por supuesto. Cuánto lo habré leído y releído; y los de poesía, entre ellos los de García Lorca, mi poeta preferido, a pesar de que a veces no lo comprendo del todo. Lo que no puedo consentir es que metan mano en mis escritos. No valen nada literariamente hablando, pero he pasado muchas horas felices gracias a esta afición, y cómo me ayudó cuando faltó Juan. Ahora escribiré sobre mi última experiencia. ¡Qué no daría yo por hacerlo como la Gaite!

Estoy mucho mejor. Nada me duele y me he levantado sin esfuerzo alguno. Pronto podré viajar. Desde la entreabierta puerta de mi habitación contemplo a mis hijos. No me canso de mirarlos. Marta está guardando cosas en una bolsa roja y Juanito la ayuda. ¡Qué buenos son! Me alegra verlos tan afectuosos y no discutiendo como es su costumbre. ¡Cómo se quieren! No sé por qué tienen que discutir. ¡No hay hermanos que se quieran más! Los encuentro algo desmejorados, es natural, entre los nervios, el hospital y tantas visitas... Me piden que me vaya a vivir con alguno de ellos, que elija, que no esté sola, y yo no quiero dejar mi casa ni mi independencia. Les agradezco mucho su interés por mi bienestar, pero... cómo la casa de una... aunque en cuanto

pasen unos días me iré con Marta a Alicante. Me lo hizo prometer antes de la operación. ¡Allí el invierno es tan benigno...! Me repondré enseguida; después, a casita. No me gusta molestar.

Avanzo por el pasillo. Ha sonado el timbre de la puerta. Es mi prima Eulalia. Tras los saludos y los besos, pregunta si ya está la ropa embalada, porque mañana vienen a recogerla. ¿Quién va a venir mañana y qué es lo que tienen que recoger? Ahora caigo. Eso es cosa de Marta. Seguramente ha aprovechado mi ausencia para comprarme ropa nueva. A menudo me reprocha ir tan a mi aire, o sea, mal, y que no frecuente la peluquería. Dice que visto con diez años de retraso; que el mejor día lleva toda mi ropa a Cáritas. Yo me río y le contesto que hoy todo el mundo parece disfrazado, como si el año entero fuera Carnaval. Pero claro, si voy a ir a su casa querrá presumir de madre con sus amigas.

Eulalia les recuerda ahora que tienen que llamar al pintor y al del guardamuebles. ¡Qué metomentodo es! Ya desde niña le gustaba organizar la vida a los demás. Genio y figura... No sé de qué pintor ni de qué guardamuebles habla. Les voy a pedir explicaciones de todo lo que no entiendo. Eulalia se despide alegando muchas cosas pendientes de resolver. A mí no me hace ni un gesto de adiós. Me creen dormida y no se han dado cuenta de que me he levantado, de que estoy en el pasillo observándolos.

La bolsa roja se resbala de la mano de Marta y deja caer al suelo su contenido: son álbumes y fotografías, instantes de nuestras vidas. Comienza a recogerlos apresurada y nerviosa. Después dice que va a lavarse las manos y se dirige al cuarto de baño. Me cuelo detrás de ella. Quiero decirle lo bien que me encuentro, que no tienen que preocuparse más por mí, y aclarar lo del pintor y el guardamuebles; pero no me da tiempo porque ha roto a llorar nada más cerrar la puerta. Llora desconsolada llamándome una y otra vez: ¡Mamá, mamá, mamá...! Estoy aquí, a tu lado, hija mía –respondo–. No llores, estoy a tu lado, cariño. Si ya me encuentro bien. Es inútil, no me contesta y sigue con su llanto. Quiero consolarla, pero no oye mi voz. Quiero acariciarla, pero mis manos han desaparecido. Miro al espejo y compruebo que sólo refleja la cara de mi hija. ¿Qué está pasando? Al cabo de unos momentos, Marta se tranquiliza un poco; se lava la cara; se atusa el pelo y ensaya una sonrisa ante el espejo, -supongo que para disimular delante de su hermano-, y sale. Y yo me quedo preguntándome qué ocurre... Dios mío, qué está pasando... Qué está pasando, Dios mío... Por fin voy comprendiendo... Me cuesta mucho, mucho, pero voy comprendiendo..., comprendiendo...

Juanito ha cortado el agua, ha desconectado la luz. Luego comienza a cerrar las ventanas. Ya las ha cerrado casi todas y ahora se dirige al balcón. Entonces yo hago un último esfuerzo y grito sollozando: "*Dejad el balcón abierto, dejad el balcón abierto".* A pesar de todo, ha debido de oír mi súplica porque no cierra las contraventanas.

Desde el balcón, caminando calle adelante, veo por última vez a mis hijos.

María Rosario Mohinelo

Semanario (mínimos poemas a los dioses de cada día)

Lunes (Diosa Luna)
No quiero ser tan alta como la luna
ni ser tan bella como una estrella
quiero ser de carne y uña
de barro y agua
quiero ser tan azul como la Mar
y tan cautiva.

Martes (Dios Marte)
Me descubro
con júbilo depredador
de las esencias
enroscada en sus anillos.

Miércoles (Dios Mercurio)
Soy laberinto
de malaquita
¿Cómo podré encontrarte, amor,
entre el verdor de mis vueltas y revueltas?

Jueves (Dios Júpiter)
Somos jugos de existencia.
Miles llorando, miles amando
miles naciendo y muriendo.
Dame tus labios
en este experimento jovial
de Dioses inmortales.

Viernes (Diosa Venus)
Su boca incita
impúdico aleteo en la cintura
y son sus dedos juegos
plumas de tucán, brillantes y solas.
¡Renace en la espuma
concreta de mi vientre!,
que no me es dado aún
conocer la magnitud de las estrellas.

Sábado (Día de Shabbat)
Cuando liban mis labios
los fuegos perpetuos,
del otro lado del gesto
la Nada lucha por ser Alguien.

Domingo (Día del Señor)
Se ha extraviado en un brillo
del espejo
la solitud que empapaba
su camisa,
y así fue cimbel mi amor
junto al río.

Mercedes Rodríguez García-Olías

Viento de versos

Ellos yacen en versos,
y enmudecidos miran
al hombre de cabeza bulliciosa,
que permanece erecto,
y con los ojos fijos
en una de las páginas del libro
que aseguran sus dos manos abiertas,
y del cual un poema es liberado
con romántica lengua de poeta,
y se escapa la voz
volando de su boca
¡Soplad viento de versos! ¡Levantaos!

Lucía Espín

LA CASA DE LA CUESTA DE SANTA INÉS

Todo empezó cuando el ideático espíritu de la ambición se adueñó de los inquilinos de la casa en la Cuesta de Santa Inés, donde vivo.

Verdad es que durante mucho tiempo todos ellos se limitaban a rivalizar en canarios, perros, gatos, jilgueros, diamantes, como mucho, especies estándar, de cotorras y loros. El más exótico de ellos nunca fue más allá de los gatos siameses o chihuahuas. Yo mismo tenía un hermoso perro mastín, que era un poco más chico que el apartamento. Se llamaba Don Antonio. Pero, aparte de Don Antonio, vivía con mis cinco gatos persas, mis siete pajarillos exóticos y un yaco, más una bella serpiente de la especie pitón.

Una mañana, sobre las diez, estaba dando de comer a mi pitón, y la vecina del Bajo B, –a quien ni siquiera había visto ya que era nueva– vino a no se qué confusa razón. Después, sin atinar a irse, se quedó un buen rato leyendo mi periódico. Mientras, y de forma disimulada, contemplaba fascinada a Lola, y en su mirada había algo espeluznante: era sin duda el espíritu de la ambición.

Al medio día me llamó para mostrarme el cocodrilo que acababa de comprar. En el patio, la empleada de hogar de los del Segundo D, nos sorprendió dialogando sobre la vida, los hábitos y la alimentación de escorpiones, alacranes y garrapatas. Esa misma tarde sus patrones adquirieron una exótica araña.

Luego, durante unas semanas, no hubo novedades, hasta una noche en que coincidí en la cancela con una de las vecinas del primero: una joven escuálida, rubia y de mirada perdida que llevaba un gran bolso negro cuya cremallera estaba parcialmente abierta y por donde asomaba cada tanto la cabecilla de un lagarto verde.

A la tarde siguiente, cuando regresaba de hacer la compra, poco faltó para que se me cayeran las bolsas de la mano al toparme de bruces con el oso que bajaban de un camión con destino a la señora del Bajo A. Uno de los tantos mirones que se habían congregado murmuró –en voz lo suficientemente alta para ser oída– que el oso no era, en realidad, un verdadero oso pardo. La solterona, eterna estudiante de derecho, tuvo un sobresalto y corrió, trémula, a refugiarse en su apartamento: sólo la vi reaparecer unos días más tarde cuando, con desdén y con la cara sonriente, salió a firmar el recibo a los fleteros que acababan de traerle el oso panda chino.

La situación se me hacía insostenible. Los vecinos me negaron el saludo, el de la tienda de animales ya no me quiso fiar, recibía anónimos insultantes. Al fin, cuando mis hijos me amenazaron con la incapacitación, comprendí que no podría sobrellevar ni un día más una insignificante serpiente pitón. Ideé un plan sin precedentes. Pedí dinero prestado a varios amigos, hice economías indescriptibles, dejé de ir a la ópera... y pude comprar la pantera negra más maravillosa que pueda concebirse.

De inmediato, la monja en año sabático que vivía en el piso de al lado, no me perdía de vista y pretendió abrumarme con un jaguar. Aunque parezca ilógico, lo consiguió.

Lo que más me duele es tratar con gente que carece de sensibilidad estética, gente que no percibe la calidad, gente meramente cuantitativa. No hubo un sólo vecino que se inclinase ante la superior belleza de mi pantera negra; el jaguar les había cegado el entendimiento. Todos los vecinos, azuzados por el aire jactancioso y altanero del propietario del jaguar, se entregaron en cuerpo y alma a la faena de renovar sus animales. Yo tuve que reconocer que mi humilde pantera ya no me proporcionaba el status más alto de la comunidad.

Ante las sigilosas conversaciones telefónicas –yo escuchaba con la oreja pegada a la pared–, que la monja en año sabático mantenía con un señor anónimo, advertí que la disyuntiva era de hierro. Sin ningún remordimiento, vendí los muebles, las antigüedades, la lavadora, el televisor de plasma... En fin, que vendí todo lo que se podía vender y compré una descomunal víbora anaconda.

Es dura, muy dura, la vida de mis vecinos que son todos pobres y bastos: sólo durante unos días fui el héroe del edificio.

Mi víbora rebasó todos los limites, destruyó toda la calma, echó por tierra las convenciones de educada convivencia. En todos los apartamentos fueron multiplicándose leones, tigres, gorilas, cocodrilos... Algunos hasta tenían especies en peligro de extinción, que ni siquiera poseen en el Zoológico. En toda la casa resonaban espeluznantes rugidos, aullidos, maullidos felinos, ladridos, parloteos de loros. Pasábamos las noches en vela, imposible dormir. Los olores nauseabundos entreverados de felinos, cuadrúmanos, reptiles y rumiantes tornaban irrespirable la atmósfera. Grandes camiones nos abastecían de toneladas de carne, pescado y vegetales. La vida en la casa de la Cuesta de Santa Inés empezó a ser un poco peligrosa.

Fue una experiencia inquietante la que tuve cuando, después de mucho tiempo, coincidí en la escalera con la joven y escuálida estudiante de zoología, vecina del tercer piso, que ahora sacaba a su tigre de Bengala a dar una vuelta a la manzana para orinar. Pensé en el lagarto que había asomado la cabecilla por la abertura de la cremallera. Me enternecí. ¡Qué lejos habían quedado aquellos primeros y quijotescos tiempos de las mascotas de compañía!

Llegó un momento en que no se pudo confiar en nadie. La portera, ante la tensa mirada de varios copropietarios lavó en la fuente del patio, ya sin macetas, con agua y jabón a su elefante de dos cuernos, luego –como si allí no hubiera pasado nada– lo hizo penetrar a empujones y con duras fatigas en su apartamento. Esto era más de lo que estaba acostumbrado a soportar el del Ático: unas horas más tarde subió triunfalmente las escaleras llevando de la brida a su foca.

La casa se halla ahora inundada por toda clase de inmundicias y medio en ruinas. En este momento, me encuentro redactando este informe con mi ordenador portátil en la azotea, en condiciones desfavorables. Cada tanto me sobresaltan los plañideros berridos del elefante que vive con los del Ático B. Escribo con el reloj en la mano, pues, a intervalos de cinco minutos, debo guarecerme entre las ruinas de la escalera para que no estropee mi ordenador el chorro de vapor que lanza la ballena azul de la terraza de al lado. Y escribo con cierta inquietud, estando, como estoy, bajo la suplicante mirada del elefante, que, asomando la cabeza por la tapia, no cesa ni un segundo de pedirme galletitas.

Carmen Mª Camacho Adarve

Invitación a la alegría

Que no se te acostumbre el cuerpo a la tristeza,
que la melancolía no lo ocupe por dentro,
que no llenen tus ojos los filos de la pena,
que no haya pesadillas ni haya espanto en tus sueños.

Desde luego, y sin duda, vas a encontrar cuchillos,
y emboscadas y dudas y rencores y miedos,
pero que no se adentren en el arcano abismo,
que no se sobresalten en el dolor tus huesos.

Que no se te doblegue tu tiempo a la amargura,
que siempre un sí persista contra el tiempo del llanto,
que un Siempre sea tu vida y tu muerte sea un Nunca
y que nunca te encuentren las mañanas llorando.

Desde luego no dudes de que tendrás problemas
y que hallarás en torno de ti mil laberintos.
Siempre ha sido terrible y espantosa la tierra,
siempre ha encontrado el hombre la soledad y el frío.

Pero jamás te rindas ante ningún cansancio,
y nunca seas más débil que el viento y que la tierra.
Ser hombre exige toda la fuerza de los astros,
que el hombre es infinito, aún más que las estrellas.

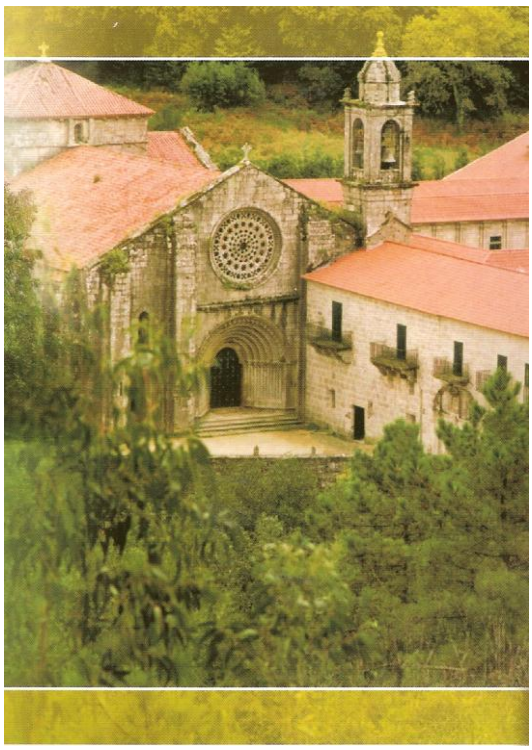
Recuerda que te dice estas cosas un hombre
que ha conocido el luto, la fiebre y el olvido.
Siempre amanece el día después de cada noche,
y el hombre que despierta sabe que sigue vivo.

Sabiendo que la vida va a ser siempre un combate
mis palabras te invitan a asumir la alegría,
a enfrentarte valiente con la pena más grande
y a vencer. Que si vences la que vence es la vida.

Francisco Alonso Ruiz

TRAS LOS PASOS DE LOS CAMINOS DE AGUA

Inútiles muiños de fariña,
pedras redondas perpetuamente afogadas,
aspas invisíbeis cubertas de hedra.
Xa ninguén amasa, xa ninguén moe en Alende.
Do antigo arboredo fica un salgueiro murcho. (Eume, pág.39,Cesar Antonio Molina)



La viajera llega a la Armenteira, monasterio de estilo románico que se alza en un fértil llano, asombrando con su grandeza a los visitantes. ¡Cuántas veces lo visitó con anterioridad! Y siempre queda admirada. Por un momento se extasía ante el rosetón de encaje pétreo que preside el pórtico. ¡Qué embeleso! ¿Qué manos de ángel labraron la piedra? Pero la viajera no viene a visitar el hogar de san Ero, el monje venerado en el cenobio, del que dice la leyenda que esperó trescientos años un aviso del cielo mientras escuchaba el canto de una avecilla. No. Su objetivo es el río que pasa por el monasterio y recibe su mismo nombre y baja desde el monte Castrove saltando sus empinadas laderas hasta desembocar en el Umia. El recorrido es de veintitrés kilómetros. Y en su discurrir se asientan cincuenta y un molinos, inútiles en su oficio, pero hermosos en su perpetuo canto de agua, restaurados en su mayoría, enjoyan el río y su camino. Esta es la ruta que va a seguir la viajera: el camino del agua. Cámara en ristre y mochila al hombro se adentra en un mundo encantado, sólo arrullado por los saltos de agua que descienden abruptamente hacia el valle serpenteando por el bosque umbroso. El río se divide en regatos que forman una red de riegos que se unen bulliciosos en lo profundo de la umbría. Esta fuerza que produce el agua en su precipitado caer fue aprovechada desde tiempos inmemoriales por el hombre para mover los molinos. Los primeros restos de los asentamientos humanos contienen las piedras planas utilizadas para moler los granos a mano. Desde el Neolítico se tiene conocimiento de esta forma de conseguir harina. Los romanos perfeccionaron el sistema dándole forma redonda a las *moas* para facilitar la labor y es en la Edad Media cuando proliferan los molinos movidos por el agua. Los molinos del río Armenteira bajan en hilera irregular y se suceden unos a otros siguiendo el cauce. Algunos son tan antiguos que no se sabe de su construcción. Muchos figuran en el catastro que realizó el Marqués de la Ensenada en 1750. Estos pequeños edificios rústicos son casitas que se funden con el paisaje como rocas, con sus musgos y líquenes, de las que se distinguen por los tejados o piedras planas que protegen la molienda de la lluvia. Para más camuflaje están rodeados de floridas retamas, codesos, tojos y zarzas, en las que predomina el amarillo. A sus muros se agarran las

hiedras que trepan entre las grietas confundiéndose con la vegetación del río. Siguiendo el correr del regato encontramos lugares de una belleza inconmensurable, donde el agua, la piedra y la floresta son los ornamentos. La alta humedad del ambiente hace proliferar helechos que penden sobre el río y se esconden en la sombra. Entre ellos se apiñan los *cogomelos* (setas), la menta, las orquídeas y las campánulas. En la ribera crecen *salgueiros, freixos, bidueiros y amieiros* que hunden sus raíces en la orilla del río formando un entramado que protege la tierra para no ser arrastrada por la turbulencia del agua. Estos árboles unen sus copas en lo alto formando una bóveda tupida por la que no asoma el cielo. Aberturas fugaces de sus ramas dejan pasar un rayo de sol que se refleja en un remanso e ilumina como una estrella la umbría del lugar. Caminos, senderos, puentes y pasos de piedra interrumpen el discurrir del río y los regatos. La soledad rodea estos lugares alejados de las aldeas, agrestes y sombríos para vivir, revisten una belleza inigualable para contemplar. El hombre necesita aposentarse en asentamientos soleados y rodeados de tierra para cultivar. Debido a la vegetación frondosa y a la lejanía de las moradas humanas, la noche da al entorno un aire fantasmagórico, acentuado por el ruido del río y el *tangaño* (pieza del molino que bate contra la rueda). La luz vacilante de algún candil, fructifica a su alrededor un rico bagaje de cuentos y cantigas, leyendas de aparecidos y sucesos pícaros que componen un extenso folclore popular: / *Mi mamá no quiere / que vaya al molino / porque el molinero /se mete conmigo / se mete conmigo / me rompe la saya / mi mamá no quiere / que al molino vaya /.* La ausencia de autopistas, de carreteras, de tendidos eléctricos, la aprovechan los animales para construir sus guaridas. Las *curuxas (*lechuzas) y *mouchos (*buhos), anidan en los muros de los molinos y limpian de ratones el entorno. En los recovecos de la espesura viven jabalíes, raposos, comadrejas, tejones y miles de animales salvajes, como erizos y murciélagos. Las anguilas aprovechan la tierra barrosa del borde del molino para enterrarse y permanecer escondidas. En estas aguas de una pureza impoluta y cristalina, se reproducen miles de insectos que buscan los rayos fugaces que penetran por entre los árboles y revolotean, incansables, irisando la luz: caballitos del diablo, mariposas y libélulas ponen su nota multicolor. El remanso bulle de zapateros que se deslizan dibujando incontables bosquejos subrealistas. En el fondo, inmóvil, a la espera, está la trucha.

La viajera no sabe cómo transmitir al lector la belleza que la rodea. Son parajes de ensueño y de paz bucólica. En los trozos de monte por donde se deslizan los riachuelos, el campo está tapizado de hierba salpicada de florecillas de variados colores. Se sienta y apoya su espalda en el tronco de un recio carballo. Escucha ensimismada el ritmo de la naturaleza. Permanece estática sumida en la contemplación del paisaje. Ante sus ojos se extienden árboles centenarios: laureles, alcornoques, acebos, castaños, saúcos... Hasta su oído llega el canto cercano de un petirrojo y un pimpín. Allí los sonidos quedan ahogados por el discurrir de las aguas que trepidan en las presas y en las pequeñas cascadas, multiplicándose en las *canles* conductoras de los regatos. El aire se puebla de aromas silvestres, entre ellos destaca la madreselva que exhala su intenso perfume enroscada en un sauce allí a su lado. Evoca con deleite el olor de la harina de maíz de su niñez. Los molinos y el río son sus primeros recuerdos. Sus idas al molino de Baión acompañando a la muchacha que llevaba el grano a moler eran una fiesta. Éste se encontraba en la orilla del Umia, situado en la isla de Pago Negro. Tenía cuatro *moas* y en ellas se podía moler centeno, maíz y trigo. El pago por la prestación se realizaba por medio de la maquila, una medida de grano que descontaban según la cantidad llevada a moler. El ruido era ensordecedor. Las *moas* rozaban con el *tarabelo* y el palo del garabato traqueteaba, junto con el *rodicio* batido por la fuerza del agua armando un estruendo imposible de olvidar. El centeno olía diferente a los demás granos. Sigue evocando el pasado; aquellos años infantiles en el Umia cuando sus aguas eran cristalinas y tenían vida.

Aquellos arenales donde pasaban el día las lavanderas lavando los cobertores y las ropas de invierno. Ella siempre se apuntaba a esta excursión. Llevaban unos cestillos con la comida y, aquella niña que era ella, se pasaba el día metida en el agua, jugando. Descalza, aún hoy, parece sentir cómo la rodeaban los pequeños peces que mordisqueaban sus pies. Había caballitos del diablo de delicados colores y mariposas, y podías ver a un colibrí cruzar raudo dejando una estela azul, o a una nutria jugando en un recodo... Ahora el río de su niñez, el río grande, el río que forma la ría de Cambados, está muerto. El agua infecta y maloliente. Sobre la viajera cae un velo de tristeza y las lágrimas acuden a sus ojos. El tiempo ha pasado, los años traicionaron sus vivencias. La proliferación de industrias y el aumento de la población en sus orillas, sentenció la vida de su río. Sacude con rabia la cabeza para alejar los malos pensamientos sobre política y chanchullos. Aquellos tiempos no volverán. Hay que olvidar.

Se sumerge otra vez en la belleza que la rodea. Este río conserva su pureza. Frente a ella se yergue el molino más grande y mejor conservado del entorno. Es precioso. Tiene solana con barandilla y columnas. Lo envuelve con su espesa sombra un gigantesco *amieiro.* Los molinos de esta ruta son de herederos. Funcionaban por turnos, incluida la noche; algunos pagaban tributos al monasterio. En las esperas a las puertas se formaban grupos de los que surgían cuentos y foliadas.

No muiño fan cantigas/ no muiño fan concellos/ no muiño fanse amores/ e contan contos os vellos/.Non se precisa pandeiro/ para baila-la muñeira/ mentes dura a muiñada/ faínolo ritmo a albeira/ De J. L. Reza. Unos opinan que la *muiñeira* nace en estas reuniones de mozos, otros la sitúan en actos rituales ancestrales de las primitivas tribus de Galicia.

La viajera se levanta y sigue, ligera y confortada, el camino del agua. La rodea una belleza que duele de tanto sentir: su ser es incapaz de abarcarlo todo. El agua generosa baja la falda del monte entre una vegetación esplendorosa y la acompaña con su alegre cantar en el descenso hacia el Umia. El sol rojizo abre el ocaso y colorea de oro los verdes maizales que crecen en el llano donde desemboca el río Armenteira. A lo lejos, velando el esplendor del horizonte, parece sonar la gaita y la *muiñeira* vibra con su alegría ancestral.

Unha noite no muiño/ unha noite non é nada/ unha semaniña enteira/ esa sí que é muiñada/ /// O muiño xa vai vello/ ten silveiras da redor/ as mozas que van a el/ todas perden a colore/...

La viajera respira hondo, contempla el sendero que la espera y sigue su destino.

Airam Lebasi

HOTEL ETÉREO

El hotel Etéreo con sus huéspedes exclusivos estaba al completo. A ellos no les importaba que quedara situado a tanta altura. Tenía a su favor atrayentes habitaciones aireadas y silenciosas, con fabulosas vistas a mares y océanos, bosques, montañas y desiertos y, sobre todo, a la ilusoria e inacabable nada.

La suite nupcial la ocupaban Bibiana y Carlos: ella, modelo publicitaria; él, deportista de prestigio. Eran una pareja joven envuelta en el apasionamiento amoroso del comienzo, a pesar de haberse truncado su viaje de novios la misma noche de bodas. Una curva mortal los llevó hasta este lejano parador.

La habitación nº3 era de las más sencillas. En ella se instaló un hombre pelirrojo, de carácter difícil, huidizo y atormentado al que le faltaba una oreja. Llegó aquí por propia voluntad, pero a consecuencia de la incomprensión. En su locura buscaba permanentemente a su hermano Théo, a los girasoles bajo el ardiente sol de la Provenza y a sus lienzos, matizados con amarillos, verdes y azules intensos. Toda la luz y toda la oscuridad se refleja en ellos, con pinceladas ondulantes, ingenuas y ciertas. Era su testimonio, su particular estilo de ver la vida.

Zenobia Camprubí llegó a la nº 9 a causa del maldito cáncer, poco tiempo después la acompañaba su esposo, un hombre flaco, de barba blanca, buscador tenaz de la belleza absoluta, para reflejarla en sus poemas. En su destierro y soledad, no pudo resistir la ausencia de su esposa; la nostalgia envenenó su sangre, y se dejó herir el corazón junto a Platero.

Por los pasillos camina sin pausa una abuelita de rostro candoroso, siempre con su nieto en brazos, un niño de pelo negro y suaves rizos, victimas, los dos, del terrorismo, en un tren siniestrado. Mientras le adormece en la habitación nº 5, le relata sus dos cortos años de vida, con largos cuentos y leyendas, y otras veces, le susurra inventadas nanas sobre una cuna vacía.

El de gafitas redondas y ojos juntos, recoge incansable las notas musicales de su esencia, trasladándolas a su rítmica y sorda guitarra, desde que un 8 de diciembre, el disparo de una bala de calibre menudo y asesino, en la mano de un fan psicópata, lo envió hasta una habitación suntuosa, la nº 100.

Adelina borda sueños en su morada, la nº 13. Su religión la lleva a creer que volverá a reencarnarse cuando limpie su karma, y que únicamente así encontrará el auténtico amor. Ese que su ex marido, no sólo no le dio, sino que hizo de su juventud un suplicio y con su vida trocitos teñidos de rojo, con una potente motosierra.

Un hombre pequeño, de anchísimos pantalones y enormes zapatos, con bombín y bastón de bambú, nos hace reír con sordina. Se sospecha que la habitación nº 15 estuvo muchos años preparada para él, desde la “caza de brujas” de Mc Carthy, pero, para la felicidad de muchos llegó ya anciano, un día de Navidad.

Yo llevo aquí, en la nº 27, sólo quince días, desde que a la salida del instituto, un compañero de clase, rubicundo, grosero y envidioso, por no dejarle copiar mi examen, me voló la vida con una pistola de su padre, un guardia civil sensato, estricto y equilibrado, todo lo contrarío de su hijo.

En este término tan imprevisible como certero y con caminos abiertos a ninguna parte, no tengo gran cosa que hacer y para entretenerme observo los movimientos incorpóreos de los que compartimos hospedaje, recopilo datos para memorizar un libro sobre este lugar y transcribirlo en la mente de cualquier persona que pise tierra firme.

Ya conozco a unos cuantos fantasmas, y a otros muchos los veo entre bamboleos de crespones, gasas y sudarios, en las noches sin luna en las que nos reunimos en el jardín. Son fiestas que duran hasta el amanecer, en ellas recogemos las flores más cercanas al espíritu de cada uno: crisantemos, pasionarias, lirios, pensamientos, etc. Los "Duendes Alborotadores" somos así de originales, extraños e intangibles. Y el hotel que acoge nuestras almas, destaca desde su emplazamiento sobre el inmenso todo de la nada, tan etéreo e irreal como nosotros.

MªAmparo Benito Díez

La amiga

Es tiempo de que el uno sume más:
el verbo tiene un género y un número
que nunca deberían conformarse.

Ahora, por ejemplo, soy mi amiga.
Me cansan los silencios.
Los límites me insultan.
Me duelen los zapatos y camino.
Voy a seguir buscándome
debajo de este hombre que desnudo.

Nuestra revolución está en el ojo.
Me acercaré, artesana, a tus dominios,
me interroga la urgencia de los puentes.
Aprendiendo la lengua encontraré a mi otra.

Andrés Neuman

Sin ti

Sin ti
las palabras son silencios.
Los versos se apagan.
El silencio se calla.
El mar es un desierto
desolado en mi alma;
oscurecida y enamorada.

Por ti,
la nada es el todo
y la materia no es nada.
El sol es tu frente,
que deslumbra mi cara.
Para ti que presupones combates,
cuando la paz está declarada.
¡Baja tu guardia!

Que ya rindieron los singulares
sus egocéntricas armas,
a los plurales amores,
ansiosos de compartir sus alas.
El azulado cielo mediterráneo,
yo te ofrezco y te regalo.
¿Qué sería de mí sin ti?
¿Qué sería de mí sin él?
¿Qué sería de él sin su playa?
Reposando sus blancas olas
sobre esa sedosa almohada.

Duermen en ella los gratos recuerdos:
las invernales mañanas,
las tardes del estío,
las primaverales semanas…

Para despertarlos
mis ojos hoy te cedo,
para que puedas ver
todo el pasado por ellos.

Y si alguna vez sentiste la felicidad
con un dulce estremecimiento,
si tu sonrisa iluminó mi cielo,
si conociste y concebiste mi amor sincero,
quizás regrese, por fin, aquel lejano tiempo.
¡Que nunca se alejó! ¡Porque aún lo siento!

Luis S. Taza Hernández

Un lugar en el que está la casa

Primer Premio de Poesía en castellano de la segunda convocatoria del concurso literario para personas mayores “Escritura y Memoria”, organizado por la Federación de Jubilados y Pensionistas de Comisiones Obreras de la Unión Intercomarcal de l´Alacantí-Les Marines.

He nacido muy tarde a la memoria
de los soles más duros y la lluvia
más gris o la ceniza.

Alguien borró los lindes de la casa
y maldijo con sal todos sus campos.
Un muro entre los dos abrió la ausencia
y sólo existe ya silencio y sombra.
porque sombra es la reja del arado
el reloj sin agujas detenido
en la sombra en punto de la tarde.
Sombra el yugo implacable de los bueyes
la mesa y el candil,
la alcándara y el horno y su ceniza,
un lebrillo de cobre,
la harina en flor en una artesa,
las manos de mi madre
y
sus panes de centeno.

El abuelo aguardaba cabe el pozo
y a su lado el perro que acezaba
y la oveja y la mula y la yegua,
heridas por la sed más implacable

El carro sin las mieses
tercamente volvía
de los prados marchitos,
una hierba maldita
por los soles malditos
de aquel maldito estío.

La casa está vacía.
(¡Maldita soledad de los cien años...¡)
La parra ya no canta los racimos.
(Tendré que emborracharme y olvidarla
pensar en otro tren -y otra maleta-
-caminos sin regreso-
al Norte de este Sur
que está tan alejado
sin agua ni palomas).

Os lo digo: le haré sitio a mi pena
y al amigo, al hermano
y a los muertos que vuelven.

Al lobo que me aúlla en la memoria,
a la lluvia, al domingo
-incluso a los miércoles de Ceniza
y también a las Fiestas de Guardar
y al Otoño y la hierba que se agosta
más allá del camino hacia el Norte.

¿Qué dios sembró de sal hasta el cimiento
maldito de la casa, hasta el adobe...?.
¿Qué nube se apartó a otras tierras
llorando esa lluvia de verano...?.

La casa está vacía. Está sola.
Los muertos han sacado
sus muertos a la calle
y espejos sin azogue los contemplan
bebiendo el sol más duro de esta tarde,
comiendo el pan salado de la duda
y muriendo sin tiempo de morirse.

La puerta y la ventana
vigilaban el paso de los muertos
y el carro renqueante
y
la yunta que empujaba la pobreza.

Os recuerdo que había en la casa
un cuadro de la Virgen de la Leche
(Y ¡tantos hijos muertos por el hambre...¡).

Siempre la sed de aquel castigo
y el sol de la inclemencia
-un ciego sol cegando la esperanza
maldita de la casa- .
Dejadme que la piense y que la llore.
Yo me obligo con lágrimas muy secas
nacidas de la sed.

Tal vez no haya existido -no- la cúrcuma
ni la malva ni el llantén
que agobiaba el sendero hasta el páramo
donde habita la grulla.

Tal vez me falten pasos y me sobren
ansias para encontrarme con mi sombra
aunque
quizás no haya existido
ni la casa ni el pozo ni la yunta.

Quizás no haya existido ni yo mismo

Antonio Esteban González Alonso

Il.luminada de memòria

Primer Premi de Poesia en valencià de la segona convocatòria del concurs per a persones majors "Escriptura i Memòria", organizat per la Federació de Jubilats i Pensionistes de Comissions Obreres de la Unió Intercomarcal de l' Alacantí-Les Marines.

A LA XARRANCA APÒCRIFA

Com en un joc he anat d'un any a l'altre,
saltant per les caselles dels meus dies,
tirant pedres d'instants que el peu del temps empeny
partida fascinant, aquesta, en la que, en un dels salts,
jo i el temps, junts, relliscarem al buit
d'un estimball ben pla
dins marbres de silenci.

ANONIMAT

Pel peu estiro una paraula
i se m'escapa; l'estiro de bell nou
i aleshores, cedint a l'amorós reclam,
-diamant i safir- queda incrustada
entre el full, llapis, goma,
d'aquest silenci blanc,
i fred, i nu
d'una pàgina anònima.

AUTOQÜESTIONANT-ME

Perdent-me i retrobant-me,
entre dits subtils d'emergides lletres
m'esfullo en ais
com una masegada margarida
en un aferrissat
és, no és
incontestable.

COL·LECCIONISTA

Guardo tic-tacs d'adéus
de l'hora esquarterada
damunt taules d'autòpsia
de tebior tan gèlida;
i guardo alès sagnants
d'allò que sent ja mort
en mi respira encara.

ESCALA DE CORDA

Per l'escala de corda
d'aquest vaixell del dia
m'enfilaré solcant
l'ona embravida
d'un lluminós mai més;
i rumb a l'horitzó de foc
salparé veloç, i, ancorant-hi,
amb ell esdevindré naufragi.

ORDINADORS

De la ment, meva, activaré l'ordinador,
i en la pantalla il·luminada de memòria,
desplegaré arxius de records guardats
en el disc dur d'aquell amor covat
al niu d'un impossible.

SENDERISME

Escric de mi, sense saber-ne res;
escric de tot plegat
sent jo pura ignorància;
escodrinyo guies, mapes, itineraris,
i com més vaig pel bon camí
més desorientada em sé.

TOT MARXANT, ARRIBA

El dia és full en blanc,
cortina que escorrent-se
em palpa amb timidesa,
amb nova llum desclosa.
Vine!, crida i m'atrau
amb l'amarga dolçor
d'un hola fet adéu.

Teresa Serramià i Samsó

MEMORIAS DE IBIZA

Primer Premio de Narrativa en castellano de la segunda convocatoria del concurso literario para personas mayores “Escritura y Memoria”, convocado por la Federación de Pensionistas y Jubilados de Comisiones Obreras de la Unión Intercomarcal de l’Alacantí-Les Marines.

Hoy me encuentro un poco triste y no comprendo el porqué, quizás sean las jugarretas de la edad pues, si bien es verdad que yo con la edad he prosperado mucho, hermosos edificios se alinean arrogantes a mis orillas, y gente importante y adinerada los habita dándome prestigio de calle burguesa y hasta cosmopolita, no puedo dejar de añorar aquellos tiempos en que era joven y bastante más corta. Entonces acababa en despejados campos por donde el trenecillo de Arganda pasaba traqueteante expulsando su rizoso humo y tratando de asustar con sus pitidos. Un aire incontaminado transportaba el aroma frutal del vecino huerto de Perales hasta el lóbrego hospital de San Juan de Dios y el convento de las monjitas que recogían a niñas con enfermedades incurables intentando sanarlas a base de cariño y oraciones.

A tanto llega hoy mi nostalgia, seguramente porque el día es frío y el cielo parece cubierto de ceniza, que hallo un doloroso placer –morboso, dirían ahora- en rememorar el pasado, excepto el periodo bélico que nada puede dulcificar. Si me concentro y logro obviar el estruendo del tráfico actual, me parece oír de nuevo el quejido de los carritos de los “traperos” que, apenas apuntaba el alba, llegaban a recoger las basuras de las casas. También recuerdo otros carros, éstos cargados de hortalizas, y el golpeteo de las banastas, las voces y los gritos de los verduleros que en mi paseo central montaban sus puestos antes de que se construyese un mercado de ladrillo y cemento. A estos sonidos se unen el vocear de los otros “traperos” ofreciendo loza por retales, la musiquilla de los afiladores y el rumor del agua que el empleado del Ayuntamiento, provisto de una larga manguera, extraía de mis entrañas para el preceptivo aseo diario, al tiempo que amenazaba a los chiquillos con un baño. Al anochecer llegaba el farolero provisto de una pértiga en cuyo extremo superior bailaba una llama enjaulada, a encender las farolas de gas, cuya luz, sobre todo en invierno, me otorgaba un aire misterioso, casi, casi, londinense. Poco después aparecía el sereno haciendo repiquetear su sonajero de llaves, y lastimándome con la contundencia empleada al manejar el chuzo.

Y cómo olvidar a tantas generaciones de niños que gozaban de libertad en la calle, si hasta me parece sentir el cosquilleo de las peonzas; las tizas trazando líneas sobre mi áspera piel; el botar de las pelotas; el latigazo de las combas; las carreras de los policías y ladrones; los malabarismos del diávolo y las voces infantiles cantando.
Entonces la calle no era peligrosa y, además, yo gozo de un amplio paseo. El tráfico se limitaba a unos pocos, poquísimos coches abrumados por el gasógeno y a una línea de caducos tranvías. Más tarde llegaron los mastodonticos autobuses de dos pisos que nos dejaron a todos, calle y vecinos, con la boca abierta y, más tarde aún, los aerodinámicos tranvías apodados 1001.

En aquella época caras y nombres me eran familiares. Podía identificar a casi todos los vecinos. A muchos he visto ir envejeciendo y desaparecer y a otras generaciones ocupar los puestos vacantes. En el pasado formaba parte de sus vidas, conocía a todas las señoras que iban muy temprano a misa tocadas con velos de encaje; me sentía invitada a bodas, bautizos y comuniones, porque en estos acontecimientos la calle era una prolongación de los hogares. También vivía los sucesos tristes, las enfermedades y los entierros. Las gentes nacían, envejecían, enfermaban y morían en sus casas, incluso he sido testigo de eventos trágicos, como un par de suicidios y

detenciones, y en una ocasión –aún me estremezco al recordarlo-, resonaron sobre mí las pisadas de un asesino despiadado que con el corazón cegado por el odio y la ira, se encaminaba desesperado hacia el lugar donde cometería su crimen.

El Madrid de mi juventud tenía muchas facetas pueblerinas. Me gustaba la antigua costumbre de los vecinos, ahora imposible de conservar, de sentarse durante el buen tiempo a la puerta de sus casas, sobre todos las porteras y las mamás con niños pequeños. Allí hablaban de sus cosas y de las de los demás, y yo, como no tenía nada que hacer, las escuchaba para distraerme. Aún me parece ver a una de las porteras, anciana casi desdentada, masticando con dificultad unas avellanas hasta reducirlas a papilla, papilla que luego recogía con sus dedos para introducirla amorosamente en la boca de su nietecita, como si de un pajarillo se tratara.

La vieja cacharrería mostraba en sus escaparates cazuelas, ollas y huchas de barro rojo y botijos blancos de Agost; soplillos y estropajos de esparto; manojitos de teas resinosas y botellas de lejía La Primera. Al lado de la cacharrería, donde hoy está el bar americano, una taberna expendía los afamados vinos de Yepes, reclamo eficaz para los acostumbrados al mosto de las calles adyacentes y aun lejanas. En la esquina, la vendedora de periódicos colocaba artísticamente su mercancía a pesar de faltarle las dos manos y una pierna, creo que como consecuencia de la guerra. Muy cerca, “La Despensa, coloniales y ultramarinos”, defendía sus productos –garbanzos mejicanos y puré de San Antonio- tras una muralla de botes de tomate, mientras perecían de aburrimiento la máquina de descuartizar el bacalao y la de moler el café, ociosas dadas las circunstancias. En la oscura tintorería, además de encargarse de la limpieza de la ropa, vendían cuadros religiosos para colgar en los dormitorios, tremebundas láminas representando escenas tan alegres como la degollación de los inocentes. La Virgen del Carmen sobrevolaba las llamas del Purgatorio, mostrando a las aterrorizadas almas en pena el escapulario salvador. La crucifixión de nuestro Señor Jesucristo era un alarde de clavos, espinas y derramamiento de sangre. En la perfumería, su dueña, Catina, despachaba cajitas de polvos, carmines y coloretes; pinzas para depilar las cejas y lápices para dibujarse otras nuevas; rimel y abéñula para las pestañas y artilugios para rizarlas; esmalte para pintarse las uñas y acetona para despintarlas; cartoncitos de horquillas, pastillas de jabón de tocador, brillantina, semillas de zaragatona; Abrotáno Macho, Camomila Intea y colonias a granel. En las estanterías se exhibían las cajitas de colores de perfumes bautizados con nombres castizos como Maja, o evocadores y misteriosos como Maderas de Oriente, Tabú y Embrujo.

Pirulo, el mozo de la carbonería, me cruzaba una y otra vez a lo largo del día cargando sobre su débil espalda los sacos de carbón. En su tiznada faz destacaban los ojos brillantes y bondadosos. No tardó mucho tiempo en enfermar: su corazón no soportaba un trabajo tan duro. Para defenderse instaló un puestecillo de golosinas y cromos en la puerta de El Retiro. Pronto fue amigo de todos los niños, especialmente de los enfermos a los que visitaba en sus hogares. Así comenzó una labor social que fue creciendo con los años y que las autoridades han reconocido con una medalla.

Hubo una conmoción en el barrio cuando se inauguró el cine de sesión continua que llevaba mi nombre. Se alegraron los escaparates de las tiendas con los carteles que anunciaban las películas de la semana y a sus dueños se les obsequiaba con entradas a mitad de precio. En la terraza de los horchateros alicantinos, los comentarios sobre las películas engrosaron los temas de conversación. “La Madona de las siete lunas” fue declarada por unanimidad gravemente peligrosa, pero yo advertía en el tono de las voces un deseo escondido que a la vez atraía y asustaba. Otras películas como “La señora Miniver” o “Qué verde era mi valle”, se elogiaban sin reservas. “Jane Eyre” y “Rebeca” enardecieron a las jovencitas románticas, dispuestas a ofrendar su pureza y juventud al primer galán maduro y atormentado por un secreto pasado que se presentara, sin reparar en sacrificios hasta verlo feliz, eso sí, siempre

que mediara matrimonio, y yo misma lamenté no poder unirme al coro que tarareaba la musiquilla de “El tercer hombre”.

El cine ocupó un lugar muy importante en el corazón de los espectadores por su indudable faceta anestesiante para muchos dolores de aquellos años de postguerra. En la vecindad teníamos a algunos actores famosos: Tomás Blanco, sonrisa, lunar y bigotillo personalísimos; Antonio Garisa, ojos saltones y voz inconfundible; Raúl Cancio, cantando Asturias, patria querida, en la bodega de la esquina. La pareja de moda, Alfredo Mayo y Amparito Ribelles, acudía a menudo a visitar a los padres del primero. Los niños rodeaban el balilla rojo para poder admirarlos de cerca, no en vano él era el prototipo de galán y ella, sin detrimento de su valía como actriz, de la chica topolino, peinada con un ostentoso arriba España y calzada con zapatos de coja. Pero sin duda alguna, nuestro vecino más admirado con el tiempo, sería el entonces niño, Plácido Domingo.

Me acuerdo de todo y de todos aunque no a todos haya nombrado en esta enumeración caótica: de los farmacéuticos y de los médicos; de la delegación de Suchard aromada de cacao y vainilla; de la calesa con jaquitas enjaezadas que recogía a los dos toreros vecinos que acudían a la plaza ya vestidos con los trajes de luces; y hasta de los rugidos de los animales que, como un eco africano traído por el aire desde la cercana Casa de fieras, daban a mis noches un toque de provinciana exoticidad.

María Rosario Mohinelo

LES GOLFES

Primer Premi de Narrativa en valencià de la segona convocatòria del concurs per a persones majors "Escriptura i Memòria", organizat per la Federació de Jubilats i Pensionistes de Comissions Obreres de la Unió Intercomarcal de l' Alacantí-Les Marines.

Ocupaven la quarta i última planta de la casa, una superfície rectangular que avui estimo d'uns seixanta metres quadrats, però que llavors se'm figurava com un espai immens. La llum hi entrava per dues finestres orientades a ponent i com que la nostra era una de les cases més altes del poble, des d'aquelles finestres podíem veure les teulades i terrats de les altres cases, les velles teulades guarnides de malves i morelles, i els terrats amb safareig, estenedor i gàbia de conills o galliner.

Avui sé que les golfes de casa eren més aviat pobres. Eren unes golfes de postguerra i per tant, si aquests espais domèstics solen destinar-se a rebost i a mals endreços, en aquells temps l'únic rebost era el plat a taula de cada dia, i pel que fa als mals endreços algun drapaire ja se'ls havia endut a canvi d'algun diner. Tot això ho sé avui, però llavors per a mi pujar a les golfes i tancar-m'hi, era una festa.

De les bigues de fusta es veia penjar mitja dotzena de cordes amb un ganxo al seu extrem. Un misteri que aviat em va ser revelat per algú més gran que jo: d'aquells ganxos, en temps millors hi penjaven pernils. Sempre, a les criatures les respostes solen generar noves preguntes i a mi la revelació dels pernils va sumir-me en un mar de confusions. Com era possible, em preguntava, que a casa algun cop haguessin tingut sis pernils penjant del sostre? Pernil! Un producte que només vèiem a taula els dies de gran festa, tallat en llenques —una per cap— més primes que l'orella d'un gat!

En casos així, les explicacions de la gent gran anaven sempre precedides d'unes paraules màgiques, "abans de la guerra...", que ens feien entrar fascinats en un món desconegut, molt més ple de records —no sempre amables—que les despoblades golfes de casa. Aquelles explicacions també em van fer entendre l'existència d'aquella bateria de bocals de vidre buits que, abans de la guerra, eren plens de melmelades i confitures, així com aquella escopeta de caça amagada sota mantes velles esquitxades de boles de naftalina, perquè la guàrdia civil requisava qualsevol arma i el pare encara confiava que algun dia podria tornar a sortir de cacera amb l'escopeta legalitzada.

Arrambada a la paret, entre les dues finestres, hi havia una gran caixa de fusta tallada. El pare en deia l'arca, i la mare, no sé per què, la caixa de núvia. S'obria aixecant una pesada tapa, també de fusta, que podies mantenir alçada mitjançant una falca adient. Destapar aquella caixa era entrar en un univers suggeridor i desconegut. El seu espai interior estava distribuït en cinc pisos, separats per enormes safates de fusta que reposaven una damunt de l'altra, deixant un espai suficient per encabir-hi els objectes que s'hi volia guardar. Les tres primeres safates contenien peces de roba absolutament incomprensibles per a mi: camises amb botons de nacre, un vestit d'home de color negre amb dues cues, que algú va dir-me que era un jaqué, grans fulards de coloraines, una pell de guineu que, el primer cop que la vaig veure amb el seu cap i les seves potetes, em va provocar un ensurt descomunal, guants, faldilles…, tot una mica arnat, malgrat la naftalina que impregnava l'aire d'una penetrant fortor. Ben aviat vaig comprendre que tot allò eren les romanalles d'un passat més o menys esplendent, difícil d'imaginar des de la penúria que ens envoltava. Tot i això, a mi m'abellia representar-me antics personatges de la meva família lluint aquelles robes pels salons daurats de la meva fantasia.

Dessota la roba, una safata contenia dotzenes de cartells de propaganda republicana, amb les sigles UGT, CNT-FAI i eslògans com “més homes, més armes”, “llibertat”, “no passaran”… Aquells dibuixos, de línies i colors vigorosos, amb un clar predomini del roig i el negre, em van impactar. Vaig fer preguntes, però les respostes evasives de la gent gran van deixar-me sol amb la meva imaginació. Aquella troballa em feia pensar que el meu pare es comptava entre els vençuts, una conjectura difícilment acceptable, perquè fora de casa —a l’escola, a catecisme—, els vençuts eren els dolents. Encara haurien de passar uns anys, no gaires, per posar ordre a la meva confusa ment d’infant.

Al fons de la caixa reposaven una pila de llibres envellits pel desús. N’hi havia molts, tots ells, va dir-me el pare un dia que va enxampar-me llegint les faules de La Fontaine, prohibits per la censura franquista. Sempre he recordat amb emoció i agraïment la reacció del pare: “Pots llegir-los tots tranquil·lament. Alguns són molt divertits. Però quan acabis cada lectura torna el llibre al fons de l’arca”. Entre els autors maleïts d’aquell gueto, recordo els noms de Baroja, Azorín, Pérez Galdós i Unamuno. Una mica més gran vaig tenir un professor de literatura que quan es referia a Baroja el nomenava *el Impío Baroja*, i jo, recordant la caixa de les meves golfes i l’actitud del pare, de seguida vaig concloure que aquell professor era un retrògrad i per a mi va perdre tota la seva autoritat. Un dia vaig sentir que la mare li deia al pare, “hauríem de controlar la tafaneria dels nens a les golfes, que algun dia tindrem un disgust”. El pare li va respondre, “hem d’avergonyir-nos d’alguna cosa que hi guardem?”. “És clar que no!” va dir la mare. “Doncs llavors, que remenin tot el que vulguin. A les nostres golfes poden aprendre coses que ningú no els ensenyarà fora de casa”.

No seria just passar per alt experiències personals viscudes en aquell escenari, com el primer cigarret que em va fer tossir tant o els jocs prohibits —encara puc sentir a les orelles els batecs del cor— amb la meva veïna, aquella nena rossa com el blat, records que avui, després de tants anys, conservo en un espai molt personal i, aquest sí, ben atapeït: les golfes de la meva memòria.

Entre el munt d’estris incomprensibles d’aquell espai, va cridar-me l’atenció una pipa, dins el calaix d’una vella tauleta de nit. Vaig fixar-m’hi per dos motius: primer, el pare no fumava i, segon, aquella pipa era molt especial. Era de fusta negra i estava decorada amb unes incrustacions metàl·liques que volien figurar papallones amb les ales esteses. Van ser inútils totes les meves preguntes sobre la procedència d’aquell objecte. Fins i tot vaig percebre certa incomoditat dels pares, quan la curiositat em feia insistir.

Van passar anys. Un dia, els diaris franquistes van anunciar la mort d’un important jerarca del règim. Més de tres planes atapeïdes de fotografies il·lustrant la seva biografia. Una de les instantànies era un primer pla: la cara d’aquell capitost, encara jove, fumant amb pipa. Una pipa idèntica a la que, ja oblidada, reposava en un racó de les golfes. El pare va copsar la meva sorpresa. No em va caldre preguntar res, perquè ell m’ho va explicar. Aquell individu havia estat un amic de joventut. En una de les etapes més aspres de la guerra, perseguit a mort pels milicians, el pare el va amagar dos mesos a les golfes, mentre els seus li preparaven la fugida. “Però, pare —vaig començar a dir, desconcertat— aquell home era un…”. “Aquell home, fill, era un home”, va respondre’m.

Sovint he recordat les paraules que un dia, de petit, vaig escoltar-li dirigir a la mare: “a les nostres golfes poden aprendre coses que ningú no els ensenyarà fora de casa”. El pare tenia raó.

Joan Adell Álvarez

Si el pincel alumbra cuanto Mancha...

(Lección magistral poetizada del pintor tomellosero
Antonio López Torres a sus alumnos)

Abarcad La Mancha toda en su finitud terral,
el paisaje os será dado como por añadidura;
entonces
la dehesa dejará de ser tan sólo
sima o porción de arcilla húmeda
por donde surjan aventados los trigales
y se urdirá en el légamo la trama vespertina del silencio.

Sed osados,
trazad en perspectiva el angular inveterado del alba,
la prevalencia arcana de unas nobles tinajas
en su quietud de piedra.
Pausad en consonancia aceradas líneas de viñedos;
considerad esas cepas entregadas al frío,
al retorcido espanto del invierno,
e imaginad su hondura.

Escuchad:
quien observe este efímero paisaje
podrá placidamente en él recrearse
mientras lo va pintando,
mas no podrá desde el lienzo
ser observado.

Si os fijáis con atención percibiréis
la tierra roturada, y en ella,
la impronta marginal de sus edades,
el celofán desgastado por donde corretean
ágiles las liebres. Furtivos cazadores
como espectros amables penetran la niebla;
expectantes, acechan ateridos
el gesto malherido de la pieza,
el humo evanescente de su huella.

La Mancha se os irá mostrando demorada,
tan demorada,
cómo si de una tez crepuscular se tratase;
la vista lo sabe, por eso,
acepta renunciar a la mirada
y así poder negar ciertas evidencias.

En la tela, plasmad cuanto acontezca,
preguntaos por qué lo presentido
excede en lo plasmado a toda circunstancia,

¿acaso pueden los más altos sentimientos
transformar el rictus del paisaje?
¿puede acaso la mansedumbre modificarse?

Hay un paisaje manchego desfilando ante vuestros ojos.
A su paso por Tomelloso, el *Záncara* enhebra
porciones delicadas de pereza, tomillo y madreselva,
aromas a romero y pastizales que sugieren
trazados transparentes y profundos,
brevísimos murmullos suspendidos
en la escala del aire,
atrapadlos, oledlos, recreadlos...

Asombraos ante un hecho luminoso
e incorporad a vuestro asombro
la quimera de una duda:
¿es la luz la que se desentiende
de todo cuanto alumbra,
o es al invadir el lienzo cuando declina
la brasa de sus más hermosos días?

La llanura manchega es a la vez
piélago y atalaya,
el paraje es tan ancho que la vista no alcanza;
mas no importa, alejaos,
presentid la distancia, hacedla vuestra;
cuando esta fenezca
heredaréis del aire una prístina emulsión
de ocres humedales ungidos por la ausencia,
el ámbar biselado del último crepúsculo,
la ritual cadencia de tardes otoñales
como habitada presencia de lo que antaño fuera
primera epifanía, bruma discreta.

Recordad:
uno debe creer en lo que intuye;
pretender abarcar el infinito no es razonable,
mas sabed: la fe no se razona,
La Mancha es en esencia indefinible
y por definición, inabarcable.

Fco. Javier Fernández

JAZZ PARA PRINCIPIANTES

La noche es el momento para el jazz. Jelly Roll Morton[1] amanece en la oscuridad del burdel, donde van a gastar su dinero los ricachones blancos. Estamos en Nueva Orleáns en los años veinte y oímos bajar las bandas que acompañan al ataúd para la última despedida, y comienza a llover y un *bluesman* hace sonar su armónica.

El jazz es un *blues* desafinado, con influencia de las marchas militares y el *gospel*, de los cantos sajones y el *ragtime*[2]. Yo llegué al jazz por el túnel del *blues*. Conviene, vengas de la música que vengas, que te inicies escuchando a saxofonistas como Coleman Hawkins[3] o Ben Webster, Sonny Rollins[4] o Dexter Gordon[5]… cualquier recopilatorio puede ser válido, pero es aconsejable que te hagas con grabaciones de sellos tan importantes como *Blue Note, Verve, Impulse, Prestige, Atlantic…*

La variedad de formas de interpretar el jazz es muy amplia (Dixieland[6], Hard bop, Cool, Be bop, Free jazz…). Para empezar es aconsejable aproximarse a lo que se ha venido a llamar Hard bop: es el jazz que surge como herejía del *blues,* el jazz que suena en un saxo, en una triste calle solitaria, iluminada únicamente por una luna viciosa y delatora. El género al que debe atender el oyente que viene del *blues* es el Hard bop y el modo ha de ser la balada, que puede ser instrumental o vocal. Las vocalistas que suelo recomendar para un primer contacto con el jazz clásico son las archiconocidas Ella Fitzgerald (nacida en 1918 en Newport News, Virginia, crece musicalmente en Nueva York. A lo largo de su extensa carrera actúa con los mejores músicos del momento: Chick Webb, Count Basie, Duke Ellington… su voz alcanza los registros de una trompeta o un saxo alto) y Sarah Vaughan (La belleza de la voz de

---

[1] Pianista de Nueva Orleáns a quien se atribuyen las primeras creaciones jazzísticas a principios del siglo veinte.

[2] Música bailable tocada con piano

[3] Coleman Hawkins fue el primero en dar protagonismo al saxofón en el mundo del jazz, Ben Webster seguiría sus pasos.

[4] Sonny Rollins, saxofonista apto para los oídos más exigentes sigue a día de hoy ofreciendo majestuosos conciertos e increíbles solos. Su obra más importante, en mi opinión, es *Saxophone Colossus.*

[5] Recomiendo el visionado de la película *´Round midnight* protagonizada por Dexter Gordon, ya que su música y sus atmósferas son excepcionales

[6] Jazz de las bandas callejeras de Nueva Orleáns.

esta vocalista es incomparable, de niña cantaba en la iglesia baptista Mount Zion de Newark, New Jersey, y ya crecidita llegó a cantar ópera). De la primera recomiendo la audición del Cole Porter Song Book; de la segunda, cualquier recopilatorio que incluya su música de antes de los años sesenta,

Dinah Washinton es otra vocalista interesante para sumergirse en el mundo de la música que va del *blues* al jazz, y sugiero la escucha de temas como "t.v is the thing", "Mad about the boy"o "Blue Gardenia", que aparecen en cualquier compilación.

Después de todo esto creo que se puede escuchar a cantantes modernas como Diana Krall, Norah Jones o a la fabulosa Dianne Reeves a quien tuvimos el privilegio de escuchar en directo el pasado 1 de agosto en el Festival de Jazz de Alicante (esta cantante es una de las voces femeninas más seductoras del panorama musical actual, a nivel mundial, ha obtenido un Grammy y ha sido disco de platino. Además podemos oír su voz en la película *Buenas noches y buena suerte* dirigida por George Clooney).

Una vez asimiladas estas voces hay que volver atrás en el tiempo y dar paso a la genial Lady Day: Billie Holiday[7], quizá la intérprete más especial de la historia jazzística de todos los tiempos (cualquier disco o recopilación es estimable, mas hay temas que deben aparecer en el que elijas como "Mean to Me", "Strange Fruti", "Don´t Explain", "God Bless the Child" y uno de los pocos *blues* que grabó y compuso: "Fine and Mellow"). Como indica John Fordham en su libro *Jazz: "En 1968, casi 27 años después de su muerte, y coincidiendo con el que habría de ser su 71º cumpleaños, se instaló en el Walk of Fame de Hollywood una estrella en honor de Billie Holiday. Holiday fue, tal vez, la única vocalista de jazz considerada unánimemente como un músico a la altura de instrumentistas como Louis Amstrong, Miles Davis o Sonny Rollins*...."

Insto a que, además de oír música negroamericana de cualquier época, se lea sobre ella y encarecidamente invito a todos los lectores de esta sección musical a que posen sus pupilas en las páginas que la revista Litoral dedicó, hace algunos años, a la "poesía del jazz", allí hallarán un tesoro.

Además, recomiendo que para ampliar conocimientos se lean los libros de Frank Tirro: *Historia del jazz clásico, e Historia del jazz moderno*, donde se cuentan anécdotas y conocimientos acerca de este tipo de música. También es aconsejable el programa de radio *Jazz porque sí* de Radio clásica de Radio Nacional de España, dirigido y presentado por el sabio Juan Claudio Cifuentes, de martes a viernes, a eso de las doce de la noche.

La noche es para el jazz o el jazz es para la noche, por eso, en esta madrugada estival, me despido de todos vosotros gozando, en la oscuridad, de la música que más me agrada…

Sergio Gadea Escudero

[7] Holiday ha sido musa de numerosos poetas, era drogadicta , alcohólica y prostituta, llegó a escribir una autobiografía antes de desaparecer.

Con Ella Fitzgerald

En la penumbra plástica
vibra la voz de Ella, canto verde
en el juego amoroso
de tu cuerpo y el mío.
Anochece cuando saltas
al vacío exacto de lo eterno
como un gato callejero de ojos verticales
y dejas que mis manos
descubran estaciones
y palpen tus suspiros
penetrando el murmurio de la noche.
Ella, canto amarillo,
rabiosamente puro
trepana el tejido de lo blando
las médulas de lo sublime,
y el vino, sagrado icor, desciende
se derrama mansamente
del cielo de tus labios
al averno de mi boca.
Ella, púrpura voz virando
a cárdena cosecha,
conoce la radiante oscuridad
que nos arropa, la ha palpado
ha besado tal vez su senda
y nos guía, ciegos amantes,
por el bosque de la noche.

Mercedes Rodríguez

Tierras heridas

De cuando en cuando
me dejo caer por estas tierras
donde sólo perdura el olivo,
hundiendo sus raíces
en una tierra reseca y dolorida,
y donde algún retorcido algarrobo,
–a modo de agónica escultura–
alza los brazos hacia el cielo suplicando
clemencia y el cese a tan lenta agonía
en estos campos de dolor y de olvido.
Quedan las sombras de los almendros,
–como fantasmas huidos del tiempo–.
Ya no nievan sus copos de blanco y rosa
llegada la Candelaria.
Pasa desnudo Febrero despojado de su atuendo.
Ya no huelen a limón los huertos,
ni a naranjas la piel de las huertanas.
Estos campos están muertos
y con ellos murieron los pájaros,
y con los pájaros el canto.
Hoy son campos mudos de miedo.
Son tierras sin gloria
de las que sólo queda la memoria.
Tierras heridas que un día vistieron
de verde–negro y amapola,
de amarillo y de malva,
de rosa y de blanco.
Ahora, sólo son tierras heridas de muerte,
ahogadas entre cemento y asfalto.

José Antonio Navarro i Ballesta

AQUEL INVIERNO

Salí del hospital una tarde de invierno. El psiquiatra me dio el alta sobre las nueve de la mañana, pero mi hijo vino a recogerme cuando sus muchas obligaciones se lo permitieron.

Subí en su coche tras acomodar mis bártulos en el maletero. Permanecimos en silencio durante casi todo el trayecto. Sentada en el asiento de atrás, pues me negué a viajar en la parte delantera, observaba la nuca de mi primogénito intentando recordar alguna escena que me transportara al tiempo en el que era un bebé, pero me resultó imposible. Paramos en el supermercado y compré algo para cenar y algunos productos para el baño.

Al llegar a casa, bajé del auto y me dirigí a la puerta. Mi hijo se marchó al instante. Habían transcurrido diez meses desde aquella primavera en la que me perdí y el psiquiatra ordenó mi ingreso en el sanatorio. Las paredes olían a viejo moho y el polvo se había apoderado con fuerza de los muebles. Entré en la cocina. Saqué de las bolsas la comida preparada que había adquirido en el centro comercial y la metí en la nevera, tras enchufarla. Conecté el microondas, el televisor y el ordenador. Noté que el silencio absoluto abandonaba mi hogar y eso me reconfortó. Estaba dispuesta a comenzar una nueva vida.

Sonó mi teléfono móvil. Mi vecino Carlos me dio la bienvenida. Le prometí que al día siguiente desayunaríamos juntos.

–Ahora estoy muy cansada. Prefiero dormir y mañana, bien temprano, nos vemos. Pondré el despertador a las ocho y cuarto.

–De acuerdo.

El bueno de Carlos… Tras mi ingreso tuvo dos o tres episodios de recaída de su depresión.

Pasé al aseo con un miedo terrible, atemorizada por el recuerdo de aquella tarde de primavera en la cual él me miró desde el espejo con sus ojos plateados el día en que se desencadenó la tragedia.

Llené la bañera con agua tibia y metí en ella varias bolas de aceite y un poco de sales de lavanda. Me desnudé y me introduje en el líquido violeta. Sentí que mi cuerpo se relajaba de forma inmediata. Sumergida en el placentero fluido permanecí largo rato.

Vi su cara en el espejo mientras me secaba. Caí desmayada sobre el pavimento, golpeándome la cabeza contra el bidet. Al despertar, lo tuve claro. Cogí una maquinilla de afeitar de las que había comprado por la tarde, presioné sobre mis muñecas con su filo provocándome varias incisiones, y llamé al hospital:

–¿Dr. Aliaga?

–Le paso.

–He intentado suicidarme. No sé lo que me ha pasado. No me acuerdo de nada. Estoy muy preocupada. Apenas sangro, pero necesito atención médica. Puedo hacerlo otra vez… Yo no quiero morir, pero no soy consciente de lo que hago…

–Te mando una ambulancia.

Ingresé cuando aún no habían transcurrido ni tres horas desde mi salida del sanatorio. Carlos llegó al día siguiente a casa a las ocho y media para desayunar juntos. Dice que lo vio en la luna del baño y que lloraba… Le he dicho que realice un amago de suicidio y que luego pida asistencia psiquiátrica.

–Aquí te encontrarás más seguro. A él no le gusta venir.

María José Arques

Debe nacerme una paz urgentemente

Debe nacerme una paz urgentemente
en la cúspide roja de mi ombligo,
una paz de pronóstico salvado,
una paz que nos libere de la muerte.
Debe nacerme una paz en cada ceja
y mirar la textura de tu sueño
y que zarpe en la lágrima el despojo
del cautivo deseo de tus manos
de la sombra mordida de mi enojo.
Debe nacerme la paz sobre estas manos
sosteniendo una luz restituida
una paz fulminantemente mansa
cimentada en raíces abolidas
arrastrándo a mi pecho sin reposo
una paz que al mirarte te restaure
descubriendo dulzura en el rastrojo.
Una paz que remonte mis tobillos
ascendiendo al bastión de mis rodillas
hasta el cáliz herido de mi rostro.
Una paz renaciendo sin excusas
sin contrato escrito ni cerrojo,
una paz con las alas desplegadas
abrazando tu noche y mi tormento,
una paz para ti llena de sueños
y que a mí, me tutele por el viento.

Julia Díaz Climent

¿Por qué?

¿Por qué el dolor nos cerca?
¿Por qué el llanto inclemente
nos llega desde un tiempo
en el que aún no existimos?
¿Qué semilla o qué estirpe
nos hizo así de tristes?
Cuando habitar quisimos
urgentes paraísos
nos llenamos de sangre,
y de dolor y lágrimas.
Las historias terribles,
los arcanos sucesos,
nos dejaron tan sólo
el sabor de las hieles.
No podremos jamás
mirar el horizonte
donde las nubes rían
y anhelen otras horas
en que las manos sean
una señal de júbilo,
un grito de esperanza,
un alba inenarrable.

Manuel Parra Pozuelo

Psiquiátrico

En estas horas lentas en su vuelo
respiro entre paredes jadeantes
y techos con los ojos delirantes
observan mis pies puestos sobre el suelo.

La noche sigilosa arma revuelo
en obscuros pasillos intrigantes
veo sombras de cuerpos oscilantes
mientras duermen los hombres sin consuelo.

En estas horas brega mi cordura
ante varones tercos y encallados
en el gélido claustro de locura

Donde aguardan sin duda aprisionados
hasta que Dios derrame su ternura
fundiendo el hielo de estos desdichados.

Lucía Espín

LOS LABERINTOS

Era el silencio de pasillos interminables, de puertas y ventanas cerradas. Pero también de puertas abiertas que yo podía franquear, mas eran siempre exactamente las mismas, las únicas, repetidas una y otra vez, como en un juego de cartas en el que se repiten siempre las mismas jugadas.

Yo sabía que estaba en el Laberinto. Era irrelevante y superfluo explicar cómo había llegado hasta allí. El hecho era que las esquinas y los recovecos y las escaleras y las puertas y las ventanas se sucedían y se repetían con un desorden aritmético, preciso, ineludible.

La palabra "*laberinto"* tiene varias acepciones en cualquier diccionario. En Anatomía es el órgano responsable de la audición y del equilibrio. También es una estrofa o combinación poética que puede leerse al derecho y al revés, sin que se perturbe la cadencia o la métrica o el sentido. Algunos jardines tienen forma de laberinto. Nuestra alma y nuestro cuerpo son un laberinto, una encrucijada de apetencias sexuales, una maraña de sueños, fantasías, invenciones y disparates.

¿Un mito, una historia, una epopeya o un misterio? Dédalo, por orden del rey Minos de Creta, construye un subterráneo de sombras y de muerte como cárcel del Minotauro, y solamente Teseo y su amada Ariadna logran salir con vida del profundo antro.

Jorge Luis Borges confundía el laberinto con una Biblioteca: la biblioteca de su padre, la Nacional de Argentina que él recorría a oscuras dada su ceguera. Los libros son también mi laberinto: gozosos a veces, otras veces terribles, tortuosos, enmarañados, llenos de preguntas a las que no sé dar ninguna respuesta.

Mi pesadilla nocturna fue laberíntica… Conocí en el sueño a cinco o seis Franciscos que eran como yo y a la vez eran distintos a mí, y que eran contradictorios y semejantes y diferentes, cada uno de ellos viviendo en su propio mundo. Era un sueño, pero los sueños a veces se confunden con las vigilias.

El laberinto ahora no es onírico, ni transcurre entre brumas de pesadilla o en la duermevela. Las paredes son de ladrillo, las calzadas de guijarro o piedra. No estoy en el mundo interior de los espejos como Alicia, recorriendo los paisajes de la imaginación desde las manos de Lewis Carroll. Un solo espejo refleja mi imagen, mi rostro, y otro espejo la repite, y otro y otro y otro… Así, si fuera posible hasta el Infinito, Francisco sería un hombre interminable o muchos Franciscos efímeros e irreales.

Hay una única calle y a la vez las calles son interminables, como hay una única puerta, que se divide, se intensifica, se propaga, se multiplica en infinitas puertas, en incontables ventanas y balcones o claraboyas o cielos sobre mí.

El "*laberyntus"…* El hombre que fui hace treinta años y el que existió hace quince días, el que está escribiendo este texto o que lo va a leer posiblemente cualquier otro día, o inclusive el que no exista cuando me haya ido, va a seguir estando eternamente y para siempre y sin salvación alguna rondando por un laberinto de silencio y sin tiempo.

Francisco Alonso Ruiz

Sombras de otoño

El viento deambula por las sombras,
alocadas las hojas se remansan
posadas en las aguas rumorosas
emprenden aventuras hacia el alba.

La niebla se encarama como incienso,
oculta los rincones de la aldea,
divaga bajo el bosque y los viñedos
penetra en las frondosas alamedas.

Las casas desdibujan sus contornos
en figuras aguadas de los cielos,
escudriñan curiosas los entornos
se revuelven rebeldes por el cieno.

La tormenta disputa alborotada
a la niebla su clásico vagar,
mas el humo fabrica entre las casas
nuevos sueños dormidos en el lar.

Alborotos surgidos en la fraga
de criaturas que quieren ver el sol
que trazan escondidas por las ramas
los senderos que sigue el labrador.

El sol asoma cauto entre dos nubes,
guiña en oros al bosque milenario,
mientras la niebla se alza y se diluye
disputándole al sol su itinerario.

Ancestrales debates de los tiempos,
sol, o niebla, o tormenta son dilemas
que baraja el otoño con los cielos
para crear azules, rojos, sienas...

El otoño es retrato de contrastes,
lluvias, nieblas, tormentas o bonanzas
que tiñen de colores los paisajes
y surgen en las vegas las labranzas.

El otoño es manzana tabardilla
que entre ocres olorosa se descubre;
es castaña que muestra las espinas
del erizo relleno con su lumbre.

Revivo melancólica en el tiempo
los recuerdos perdidos en la vida
de otros otoños rotos por el miedo
cuando la muerte usó tenaz su cita.

El silencio querido de esos días
en que estabas, amado, entre mis brazos
huyó sin detenerse por la cima
y me dejó cautiva en el espacio.

Y volverán los días con el cárdeno
de las nubes ardientes, rascacielos
de mundos trastocados, en los áureos
horizontes teñidos de sosiego.

Contemplaré esas nubes caprichosas
sobre cielos de azul anaranjado
que despliegan sus formas perezosas
y apresan los recuerdos olvidados.

Venideros otoños de los tiempos
que quebrarán el ritmo cotidiano,
espacios agrandados de esos cielos
donde mi corazón va solitario.

Airam Lebasi

EL ARTE, SUEÑO HUMANIZADOR

Alicante 30 de septiembre de 2007
Texto sobre mi concepción del arte para la revista Auca

Mi vocación es la plástica, no la literatura. Una vez leído mi breve comentario coincidirán Uds. conmigo.

Me expreso a través de la pintura básicamente. Transformo en juegos de color y forma la esencia de las cosas, las hago mías tras una íntima y profunda reflexión unida a una gran emoción; al realizarla, muestro mi mundo interior, mis sueños, mis sentimientos.

No es preciso una representación de la realidad sino una simple visión espiritual interior. Utilizo la ironía como medio, creo es una forma humilde con la que el hombre puede escapar por un momento a su destino, mi propósito es revelar mi verdad.

En la actualidad enfrentarse a una obra de arte requiere una gran formación artística para comprenderla, o poseer la sensibilidad necesaria para crear esa empatía con lo observado. Desgraciadamente es complicado, los mortales disimulamos nuestra ignorancia rechazando lo que no entendemos ya que hay mucha paja entre el heno.

Un principio que creo necesario para respetar un trabajo es el comienzo del libro "De lo espiritual en el arte", Kandinsky 1910: "TODA OBRA DE ARTE ES HIJA DE SU TIEMPO, MUCHAS VECES ES MADRE DE NUESTROS SENTIMIENTOS". Teniendo en cuenta este principio, desecharíamos una gran parte de lo que se muestra en salas de exposiciones, esto sólo sería un camino, o se quedaría en ejercicios de formación con mayor o menor éxito, pero es imprescindible la búsqueda.

La genialidad es casi una utopía, y es complicado crear un lenguaje. En mi caso no busco un estilo, jamás me ha preocupado, considero absurdo alcanzar algo que sería un corsé, una limitación en tu forma expresiva, la obra debe tener puntos de referencia, marcas indelebles de cada autor y cada época. El estilo no da el "genialato", ¿acaso Picasso tenía un estilo determinado?; fue utilizando los estilos a su conveniencia, según la intención de su obra, es más, creó nuevos estilos para expresar mejor sus ideas.

No podemos confundir el trabajo del habilidoso artista capaz de reproducir cualquier imagen a la perfección o una agradable composición con el ARTE. La función decorativa de la obra no es importante para su valoración, debe llenarnos interiormente, producirnos ese sentimiento que fue la intención de la misma. En mi caso me entusiasman las obras que me producen ideas, que incitan a participar en ellas, a reinterpretarlas, que me provocan.

Para finalizar lo sintetizo con una frase de Mark Rothko: "Es función del artista hacer que el espectador vea el mundo a nuestra manera, no a la suya".

Mi conclusión vital a estas alturas de mi vida es la necesidad de humanizar nuestras vidas y creo que el arte, en cualquiera de sus vertientes, es la mejor forma de hacerlo.

Vicente Quiles

La casa de mis sueños

A Inmaculada Verdú y a sus hijas
Laura y Ana María por su cariño.

Si al levantar la casa de mis sueños
la observo idéntica
al hogar en el que nací
será...
que no es un sueño,
será...
que no me fui.
Yo busco en su fachada
tres balcones, ventanas,
y una puerta por donde entrar,
confortarme, y salir
después de pisar el paraíso;
oler a lirios, a manzanas,
a tomillo y a bolas de anís,
recorrer los pasillos y rincones
prendidos de recuerdos,
donde la música
filtraba entre las tejas sus acordes,
rodando en espiral por la baranda
hasta asentarse en el jardín.

El mar y sus salinas,
aún lejano, se huele,
igual que los cercanos campos
surcados por viñedos
y pámpanos al sol.
Los azules se mezclan con los rojos:
es un lienzo pintado con mi vida,
de juegos y de lluvias,
de inviernos rigurosos
donde no sentía el frío,
ni me agotaba
el calor estival.

La casa de mi ensueño
emerge en madrugadas,
se cruza portentosa,
cuando abanica el párpado
el iris de mis ojos.

¿Será...
que aún no he nacido
y me rodea la espuma párvula?
¿Será que estoy soñando...
o es que nunca me fui?

Mª Amparo Benito Díez

SAORO

A Saoro, agricultor de piel morena por el sol, alto y delgado como el trigo, le llamaron así desde niño, aunque su nombre fuera Salvador. Saoro contemplaba en silencio aquella heredad abandonada entre las deprimidas y tristes palmeras, en la noche estrellada, que le acompañaba tras su azarosa jornada.

Ya pasó por aquel lugar días antes. Y al igual que lo hiciera entonces, se quedó mirando aquella vieja casa labriega y destartalada. Su mente estaba en otro tiempo, en los recuerdos de otras lejanas épocas. Eran épocas alegres y amables cuando la casa de los Antón rebosaba vida y las niñas jugaban entre los cañaverales, ajenas a la llamada de la señora Vicenta, su madre, que las reclamaba a gritos para la comida del domingo. ¡Aquellas paellas de los diumenges…!

Vicenta era la mujer de Pepe Antón, el patriarca de aquella laboriosa y feliz familia campesina, que todos conocían desde siempre en la Partida de la Hoya de Elche, al igual que conocieran antes a sus padres.

-¿Quién hubiera dicho que la familia acabaría así?- pensaba Saoro.

La vida es como la huerta. Si no la cuidas… Reflexionaba mientras se sentaba en la piedra que marcaba las lindes de sus tierras con las de la abandonada casa que tenía frente a él.

Y es que todo fue muy mal desde que murió Pepet. La señora Vicenta, su viuda, al no tener hijos, sólo dos hijas, confiaba en que un día sus yernos se hicieran cargo de estas tierras. Pero nada salió como ella pensaba y la heredad, poco apoco, fue apagándose como se apaga la tarde cuando llega la noche.

Una de las hijas se casó con un militar de carrera y tuvo que marcharse lejos. La otra conoció a un buen hombre de Elche que trabajaba en el calzado, y también se fue de allí a la ciudad, dejando sola a su madre.

Algunas veces Vicenta pasaba por la casa de Saoro para dejarle la llave y pedirle que le cuidara la hacienda, mientras ella marchaba unos días a casa de una de sus hijas.

En verano, la cosa cambiaba. La casa de Vicenta otra vez se llenaba de niños y niñas. Eran sus nietos y nietas que pasaban el verano con ella. Entonces Vicenta, muy esperanzada y contenta, le comentaba a Saoro:

-Éstos harán renacer la finca.

Pero el tiempo fue pasando y la avanzada edad y la mala salud de Doña Vicenta eran más que evidentes. Sus pequeños parientes fueron creciendo y dejando de ir en verano a visitar a su abuela.

Un buen día, sus hijas regresaron con sus esposos y se la llevaron con ellos. No tuvo tiempo Saoro ni de despedirla. Todo sucedió muy rápidamente.

-Como se hace todo en la ciudad- se dijo Saoro. Y nunca más se supo de ella.

Mientras se levantaba de aquella dura piedra e iniciaba el camino de vuelta a casa, entre la acequia y los granados, recordó la última noticia en torno a estas huérfanas tierras, conocida en el único bar del pueblo, el de Tonico: las habían adquirido para construir unos “bungalows”.

-Ya nada será igual que antes- sentenció Saoro.

Y marchó con sus aperos en silencioso caminar hacia su casa, entre sus sembrados de alcachofas y tomateras, esperando que, de alguna manera, su mujer le consolara. Allí, al menos, lloraría solo en su cuarto.

-Todos saben que los hombres no lloran- pensó con tristeza.

Así, mientras su mujer le ponía la cena en la mesa del comedor, tendría tiempo de comentarle lo que sabía de la hacienda del viejo Pepet. A sus hijas ya les diría algo por la mañana. Entonces recordó que esa misma noche habían ido al baile con sus novios, dos buenos, trabajadores y honrados mozos de ciudad que conocieron el verano pasado.

Sin saber por qué un escalofrío inexplicable le recorrió el cuerpo al pasar por el porche de su casa junto a la maceta de hierbabuena y los grandes macetones de geranios que flanqueaban el umbral de la puerta, siempre abierta y sólo cubierta con una espesa cortina de lana gris.

Luis S. Taza Hernández

El tálamo arrasado

Se ha dormido el cobre de mis manos
rezumando ruginosos vegetales despoblados
sujetos a la usura de tiempos innombrables
penetrando en la gruta del cartílago y la espuma,
en el témpano herido de los huesos
trepanando la médula y el canto.
Se ha dormido la espada mensajera
en la herida caliente de los labios
huyendo sus dos pétalos de carne
a los claustros oscuros del pasado,
ajenos al placer de las texturas
besando huera un zócalo cansado.
Se ha dormido el misterio y la alegría
que corrían sin miedo ni recato
viajando por vértigos de sueño
a las plumas ocultas de mis brazos,
Se ha dormido la fe desconsolada
a la sombra de un tálamo arrasado.
Se ha dormido, y no sé hasta cuándo.

Julia Díaz Climent

Comprendí que había llegado

Comprendí que había llegado
al ver de nuevo las antiguas películas
y comprobar cúanto habían rejuvenecido
los actores a los que recordaba maduros.

Comprendí que había llegado
al volver a ver “Gilda”
–la película del escándalo–
sin escandalizarme, y a un Glenn Ford
con pinta de crío, disfrazado de ejecutivo.

Comprendí que había llegado
cuando Tippi Hedren se convirtió en suegra de Banderas
y Sara Montiel encontró novio por Internet,
mientras que yo sigo peleándome con el ordenador.

Comprendí que había llegado
al ver cómo crecen mis nietos
y las responsabilidades de mis hijos.

Comprendí que había llegado
cuando me concedieron la pensión
acompañada de unas gafas para poder verla,
la hipertensión y la artrosis.

Comprendí que había llegado
por todas estas cosas…
Y por muchas más que me callo.

¡Caí en la cuenta de su llegada
pero aún no salgo de mi asombro!

María Rosario Mohinelo

Labios de granito:

(Epitafios, epigramas y otras inscripciones de carácter votivo)

I

Ideó Calímaco de Cirene una epigramática forma de estancia perdurable:

CINCELAR LA MEMORIA DEL AUSENTE

Entrar en el Hades sin salir de la Hélade.

II

«Cuánto esplendor en la agonía de la rosa»

Virginia Wolf

(Tatuado en granito, a petición de la propia escritora, sobre su desolada tumba)

III

Epitafio para Bagdad

Aquí yacen:
la piedad, la compasión y la justicia.
Su sepulcro: la prepotencia del poder.
Sus sagrados panteones: la diplomacia, el ejército y la banca,
y sus coronas fúnebres: la codicia y la gloria.

Descansen en paz.

IV

En el cenotafio al soldado desconocido:

Este mármol espurio y lapidario
certifica la impronta de un olvido.

Conmemora la entrada en el Olimpo
de un héroe laureado:
Ganó honra para su patria
pero salió de la vida… derrotado.

V

Cincelado en el panteón familiar del actor

Aquí se extravió
la divina juventud de James Dean
camino del exceso.

VI

Desiderata

Al frío mármol cubierto
por el olvido,
sólo una cosa le pido:
Que permanezca despierto.

VII

Escrito sobre la lápida del jorobado
de Notre Damme)

Yace aquí quien no pudiendo tomar
la decisión concerniente
al comienzo de su maltrecha vida,
sí tuvo, al menos, el feliz privilegio
de decidir sobre su final.

VIII

Sobre la losa que cubre el sepulcro
de Lao Tzse:

Porque sé que la eternidad es
inconmensurable,
entre paréntesis he pedido
que sean sobre mi tumba grabadas
únicamente
estas dos fechas postreras.

IX

Lapidario marítimo

No te abatió la edad
sino el furor de Eolo.

Un océano te acoge ahora.

En este promontorio,
la ausencia ocupará por siempre
tu sepulcro vacío.

X

De vita beata

Caminante, has detenido tus pasos
ante el frontiscipio que honra
la memoria de un hombre ejemplar.

No olvides esto mientras vivas:
este hombre, murió mientras vivía.

XI

Posible epitafio colectivo
esculpido en púrpura,
a modo de deuda retroactiva.

Que ese artefacto creador de amnesia
llamado tiempo, os devuelva al fin
la dignidad durante tantos años usurpada.

In memoriam (1936 – 2007)

XII

Epitafio

Querida: no llores; mis cenizas
no están bajo este ciprés.
Habitan en el interior de una esfera
luminosa y eterna
donde sólo existe tu recuerdo.

Fco. Javier Fernández

RETORNO A LA CASA DE LA NIEBLA

La puerta de hierro oxidado apenas cedió tras unos bruscos empujones. Alfredo pensó que con la llave bastaría para abrirla, pero el paso de los años y la humedad del asolado paraje habían propiciado que el óxido calara profundo en las bisagras. Sus grandes barrotes de hierro macizo, coronados por afiladas puntas, le conferían un peso importante, y ahora si cabe, aún más, pues a causa de su evidente descuadre, rozaba en el suelo con uno de sus extremos, convirtiendo la tarea de su apertura en una obra propia de titanes.

Yo contemplaba la escena desde cerca, observando con una mezcla de expectación y temor cómo mi amigo se afanaba en franquear el paso a nuestro automóvil, empujando hacia adentro una de las hojas de la gran puerta que custodiaba el camino de acceso al caserón. Quizás reclamó mi ayuda, pero apenas le escuché, pues observaba absorta el letrero impregnado de orín que anunciaba la presencia de la inquietante Casa de la Niebla. Los recuerdos se filtraron en mi mente como el agua entre las grietas de un embalse. Una voz indefinida pronunció mi nombre en la lejanía antes de que la niebla lo envolviese todo con su túnica opalina. De repente, adiviné los contornos de la Casa, emergiendo de la bruma como un fantasma, mientras yo trataba de escapar a la carrera.

Aquella voz, hueca y distorsionada, llamándome como otras veces, hurgaba en mi cerebro como un taladro para destrozar mi voluntad. “Ven a mí, Verónica”, salmodiaba con insistencia. “Ven a mí…”

Un escalofrío me arrancó de aquel estado de ensoñación en vigilia; a punto de ser engullida por las aguas turbias de los recuerdos, la voz de Alfredo consiguió devolverme, por el momento, al mundo real.

Como reputado psicólogo, Alfredo supo ganarse mi confianza a base de esfuerzo e insistencia en el tratamiento de mi caso. Sin su atención especializada y su ánimo infatigable, una mujer débil y asustadiza como yo, no habría superado los traumas que amenazaron mi cordura tras huir de la casa maldita. Ahora, me preocupaba el momento de encarar mi pasado, pero el anhelo de acabar con mis frecuentes pesadillas era más intenso que la sensación de ahogo ante la proximidad de aquel reducto perverso.

Hace quince años, mi familia murió allí, como tantos otros, engullidos por la leyenda de La Casa de la Niebla; un sobrenombre evidente, pues, en contra de las leyes que dicta la cordura, una misteriosa niebla parece cobrar vida en torno a ella, envileciendo su terrible fama de casa asesina. Desde que conseguí huir, admito que no soy la misma.

El espejo me devuelve la imagen de una joven demacrada con ojos lánguidos, muy distinta de aquella jovencita risueña que disfrutaba del cariño de su familia, ajena a los designios que le deparaba el destino. Era consciente de que nada volvería a ser como

antaño pero confiaba en recuperar la esencia de aquella niña de diez años cuya vitalidad quedó atrapada entre las paredes de aquel caserón enfermizo.

Respondí, al fin, a la llamada de Alfredo y acudí en su ayuda. Entre ambos conseguimos apartar, con esfuerzo, los pesados herrajes para franquear el acceso a nuestro coche. Sudábamos con intensidad cuando entramos al automóvil, agitada la respiración y exhalando vapor a causa del frío y de la humedad. Enseguida se empañaron las lunas del coche por la condensación del aire. Alfredo intentó, sin éxito, conectar el ventilador para disipar aquella borrosidad translúcida. Según me explicó, el sistema de ventilación le había ocasionado más de un problema con anterioridad.

Antes de arrancar, y mientras limpiaba el parabrisas con su bufanda, me guiñó un ojo con gesto cómplice, despejando en mí cualquier vestigio de temor o preocupación. Así entendí que tenía controlada la situación o, al menos, eso aparentaba.

Ante nosotros se extendía, flanqueado por dos hileras de chopos centenarios, el sendero que conducía a la casa. Las ramas de los árboles alcanzaban los extremos del camino, llegando casi a ras del suelo, entrelazándose con el alambrado de espino que acotaba aquella vereda umbría: un misterioso callejón de “irás y no volverás”.

La densa niebla transformaba los troncos de los árboles en difuminados fantasmas y, sobre nuestras cabezas, lo enmarañado de sus ramas nudosas asemejaba la bóveda de crucería de una iglesia gótica embrujada. Tuvimos que encender las luces para guiarnos por el angosto sendero, cuyo pavimento, antaño provisto de una fina capa de asfalto, hoy apenas conserva algún resto visible del mismo, cubierto por la hojarasca y varias capas de tierra húmeda.

Recorrimos los primeros metros del camino a velocidad muy lenta. Nuestros ojos oscilaban escudriñando ambos flancos, temerosos de que una amenaza oculta saltase sobre nosotros. Alfredo, en apariencia, transmitía seguridad para demostrarme su dominio de la situación, pero el brillo acuoso de sus ojos le delató. Un brillo destilado en las calderas del inconsciente, donde bullen los sentimientos más profundos, imposibles de reprimir e incluso de ocultar. Igual que el miedo.

Su serenidad se desmoronaba por momentos a medida que nos acercábamos a la casa. De vez en cuando, limpiaba con mi mano el vaho condensado sobre los cristales, pero cuanto más lo hacía peor era la visibilidad, puesto que la niebla parecía adquirir mayor densidad hasta impedirnos distinguir imagen alguna a más de dos o tres metros alrededor de nuestro coche. En aquellas circunstancias, la marcha se había tornado tan lenta que cualquier persona a paso normal hubiese podido adelantarnos sin esfuerzo alguno.

Un estremecimiento similar al experimentado en la puerta de entrada, me anunció que nos hallábamos en la misma explanada que se extendía frente a la casa. Habíamos abandonado el sendero y la niebla comenzó a diluirse de forma sorprendente hasta descubrir la imagen siniestra y amenazadora de la Casa de la Niebla.

Ante aquella visión, mis nervios desataron un grito ahogado mientras hundía las uñas en el brazo de Alfredo, más allá del grosor de su jersey. Él detuvo el coche e intentó calmarme, pero percibí que sus manos, grandes y frías, temblaban cuando intentó acariciar mi rostro.

Abrazados y en silencio, contemplamos la gran fachada de la casa, que se levantaba amenazadora como una ola gigantesca a punto de engullirnos. Allí se erguía aquel cubil de maldad y horror, refugio de oscuros demonios y que parecía observarnos en silencio tras sus destartaladas ventanas carentes de cristales, cuyos postigos batían contra la piedra impulsados por el viento, provocando ecos atronadores que hendían nuestro ánimo y horadaban la escasa entereza que por aquel momento atesorábamos.

Desde nuestra falsa seguridad en el interior del coche, el silbido del viento filtrándose por las oquedades de los ventanales, sugería amenazas horrendas y

mensajes de advertencia que me negué a descifrar por el bien de mi cordura. Cerré los ojos y de inmediato me tapé los oídos. Supliqué a Alfredo que me abrazase más fuerte y él lo hizo, visiblemente asustado.

Tras unos momentos de indecisión, le oí pronunciar unas sorprendentes palabras. Dudaba de la idoneidad del momento escogido para enfrentarme a mis temores; me aconsejó regresar a casa y elegir un día con mejores condiciones para finalizar nuestra terapia. Pero yo nunca consideré la idea de la huida, pues mis motivaciones para continuar el proceso eran poderosas, mucho más incluso de lo que él imaginaba. Entonces, sobreponiéndome a mi debilidad, le contesté que había que terminar lo que estaba por hacer. Tenía la determinación de finalizar la terapia para acabar con el acoso de mis obsesiones. Alfredo se apartó de mí, sorprendido, sin dejar de mirarme con ojos de búho. Su semblante palidecía por momentos.

Le pedí que bajase del coche y abriese el gran portón de acceso a la casa, mientras que yo me situaría a una distancia prudencial, repitiendo para mis adentros las frases de autoayuda que habíamos practicado los meses anteriores. Él me observaba en un silencio tenso, con el silbido del viento y los golpes secos de los postigos batientes como ruido de fondo. Cuando le dí una pesada llave de bronce, la miró con desconfianza, como si fuese una serpiente venenosa. Dudó unos segundos antes de extender su mano para tomarla, y al hacerlo percibí que apenas podía disimular el temblor.

Nuestro coche estaba parado unos metros por delante de la entrada, en paralelo, de tal forma que la puerta del conductor quedaba más cerca de la fachada. Tras unos minutos, salimos al exterior y comprobamos que el viento cedió súbitamente, como si algo o alguien hubiese desconectado un hipotético ventilador. Aquello fue, si cabe, más impactante que la sinfonía de golpes y silbidos escuchados antes. Alfredo volvió hacia mí su rostro desencajado por el miedo y la sorpresa. Parecía confuso y expectante frente a los extraños acontecimientos. Tuve la sospecha de que, por instantes, consideró volver al coche y escapar de allí, conmigo o sin mí, pero respetó mi deseo y eso le honraba como un hombre de palabra.

Se giró hacia la casa y yo retrocedí unos pasos hacia atrás. La enorme fachada de tres pisos, manchada de humedad y salpicada por rosetones de moho, parecía combarse hacia nosotros, amenazante.

Volví a retroceder unos pasos en silencio. Alfredo introdujo la llave en la cerradura oxidada, y ante su sorpresa, se abrió con más facilidad de la esperada en medio de un ruido de fricción metálico. Empujó hacia adentro y el portón de madera carcomida cedió. El chirrido de las bisagras se propagó por el interior con un eco agudo, perdiéndose en la oscuridad. Después empujó la segunda hoja intentando mantenerse lejos del umbral.

Desde la distancia, aprecié como su pelo se mecía con suavidad, quizá por efecto de alguna corriente de aire. Con una mano se tapaba la nariz y la boca ante el aparente hedor que parecía regurgitar aquella cavernosa boca de lobo. Sus esfuerzos por vislumbrar algo dentro fueron vanos, pues el contraste de iluminación con el exterior era importante. Observé como retrocedía unos pasos con cierta precaución. Entonces se volvió hacia mí exhibiendo una sonrisa forzada para disimular, sin duda, el pellizco que debía de sentir en el estómago. Sus ojos no mentían cuando brillaron trémulos al mirarme, con una expresión más afectada que minutos antes en el coche. La evidente malignidad de la casa, golpeaba su sien repetidas veces para derrumbar los cimientos de su racionalismo. El insigne psicólogo se estaba contagiando de los síntomas de su paciente, o al menos, empezaba a considerar como fundados los temores que creía fruto de una imaginación enfermiza.

—Es el momento, Verónica… enfréntate a tus… miedos. Nada de lo que te asusta es… real. Piensa en todo... lo... que ha... blamos en... la consulta…

Sus palabras, titubeantes y huecas, significaron para mí, más que un estímulo para enfrentarme a mis miedos, una confirmación de su existencia. Ahora Alfredo intentaba manejar la situación con rapidez, cumpliendo con su compromiso profesional sin importarle la solución de mi caso. Parecía con prisa de que todo acabase y poder huir de aquel lugar como un día hice yo.

Él esperaba mi respuesta mirando de reojo la entrada de la casa. Por mi cabeza se pasearon impunemente frases del estilo: “Mis temores son infundados”, “Nunca volveré a obsesionarme”, “Estoy muy tranquila” y otras tantas… a pesar de ser consciente de su completa inutilidad. Pero lo que en realidad esperaba era que todo se resolviese pronto. Retrocedí de nuevo ante la mirada expectante de Alfredo. La Casa de la Niebla con su gran portón abierto a modo de ávidas fauces, se cernía sobre el confundido psicólogo, amenazante. Entonces supe que lo que había de ocurrir estaba cercano. Me hinqué de rodillas tras un banco cubierto de zarzas e intenté ocultar mi rostro con las manos. Alfredo frunció el ceño y se giró hacia la casa…

Con…

demasiada…

lentitud…

Las puertas se abrieron más, si cabe, cuando una enorme succión le arrastró hasta el interior como un grano de arroz tragado por una potente aspiradora. Me sorprendí observando la escena por las rendijas de mis dedos. Era como otras veces.

Después, las puertas se cerraron con un estampido sordo.

Yo grité, y mis alaridos se solaparon unos instantes con los de Alfredo, al otro lado de la puerta.

Luego se impuso un silencio fugaz.

Enseguida, se desató de nuevo el viento y los postigos de las ventanas volvieron a entrechocar avivados, en apariencia, por la energía de la sangre recién derramada. Desde entonces, Alfredo quedaría en mi recuerdo como una de las muchas víctimas de la casa. Ya ni siquiera recuerdo el número.

Mientras conducía el coche camino de casa, rogaba porque éste fuera el último sacrificio. Esperaba que por fin, mi vida se normalizase y acabaran las pesadillas. Deseaba que la casa considerase pagado el tributo pues cada vez era más complicado atraer a las víctimas con variados pretextos.

Las pesadillas cesaron durante meses, pero, confirmando mis peores presagios, han vuelto. La imagen de la casa surgiendo de la bruma se materializa en sueños para atormentar mi descanso, mientras esa voz maldita no deja de pronunciar mi nombre una y otra vez. Si tuviese el valor suficiente, habría puesto fin a mi vida, pero estoy condenada a observar la imagen de mi rostro, afilado y anguloso, que me espanta cada día desde el espejo; mis ojos hundidos en sus cuencas… la mirada perdida de un cadáver andante. Quizás sea el momento de tomar una decisión para escapar, por fin, del agujero infernal donde me encuentro.

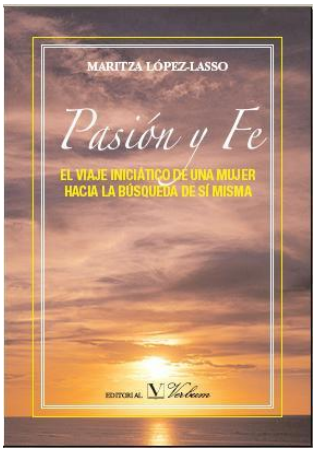
Necesito otro psicólogo.

Roque Pérez Prados

PASIÓN Y FE

EL VIAJE INICIÁTICO DE UNA MUJER HACIA LA BÚSQUEDA DE SÍ MISMA

Pasión y Fe
Maritza López-Lasso
Editorial Verbum, 2007
308 páginas. Precio: 12 €



Maritza López-Lasso, novelista, poeta y dramaturga, nació en Coclé, Panamá. Es diplomada de Ingeniería Civil por la Universidad Tecnológica de Panamá, donde fue profesora hasta 1987. Ha vivido en Francia y en Italia. En la actualidad reside en Suiza, lugar en el que se dedica a la literatura desde 1996. En el año 2002 vio la luz su primera novela, *Ajuste de cuentas*, en la cual narra la imposible reconciliación de dos hermanas enfrentadas y trata el tema de la marginalidad de la mujer.

Pasión y Fe, su segunda novela, relata una historia de ficción, con personajes que aluden a situaciones reales y que ahondan en los secretos de la fe Bahá'i, abanderada por su líder espiritual, Bahá'u'llah, profeta fundador de esta religión. A través del personaje principal, una mujer llamada Nora, la autora pone de manifiesto las irregularidades existentes en esta disciplina religiosa y las extiende a otras creencias donde se dictan unas normas que pueden ser viables, pero se encuentran con una realidad cotidiana más subjetiva y adaptada a cada personalidad individual.

A través del apasionado amor entre Nora y Grant, un médico estadounidense voluntario en la guerrilla en El Salvador, Maritza indaga en el lado más doloroso del amor: el de la traición. La pasión entre Nora y Grant es condenada por la religión Bahá'i, y los dos son expulsados y obligados a cortar todo contacto entre ellos. Bajo esta prueba de fe permanecen por un tiempo, aunque la verdadera fe la tienen el uno en el otro, algo que al final de la novela es descubierto con gran satisfacción para el lector, ya que Grant y la hija de Nora se encuentran quince años más tarde y comentan las memorias escritas por ésta última antes de su muerte. La lectura de este diario cambia la percepción de la vida que tienen estos dos personajes.

Es importante destacar el personaje de Diosa Rey, una sabia que ayuda a Nora a encauzar el camino para encontrar su verdadero destino, cuando le cuenta algunas historias sobre reencarnaciones y otras vidas. Es curiosa la frase en la que Diosa Rey explica la razón de la existencia de las diferentes creencias:

"Las religiones existen para servir de luz a la masa que se encuentra en la oscuridad, pero una vez que se está suficientemente iluminado la religión es obsoleta"

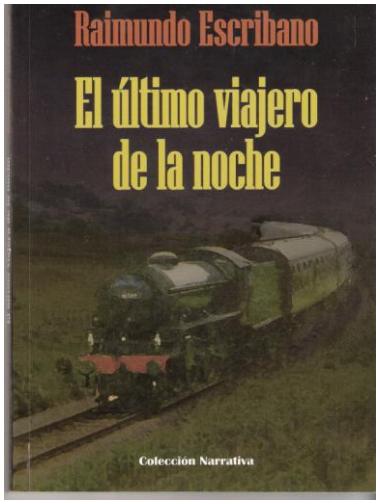
La gran carga espiritual del libro conduce al que lo lee hacia el encuentro consigo mismo, hacia la búsqueda de su yo interior, sin caer en dogmatismos innecesarios, divirtiendo, solazando con la trama urdida por la autora para sus personajes, que viven escenas en las que son embriagados por los sentimientos frente a las normas impuestas por algunos sectores de la sociedad en la que subsisten. Es *Pasión y fe*, una novela en la cual la emoción disfruta de su papel relevante introduciendo, a través de ella, una llamada hacia la tolerancia y una crítica hacia ciertas actitudes coartadoras de libertades.

La autora nos recuerda algo que a veces, con el devenir cotidiano, se nos olvida: la importancia de poner pasión y fe en nuestras vidas.

María José Arques

EL PLACER DE NARRAR

El último viajero de la noche
Raimundo Escribano
Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert
Colección Narrativa, Alicante, 2007
118 páginas. Precio: 13 €



La literatura escrita en nuestra lengua, que ya nos dejó en los textos cervantinos la prueba evidente de su capacidad para relatar, para reflejar los humanos sucesos con palabras que los hiciesen revivir ante los ojos de los lectores, nos ofrece en *El último viajero de la noche*, de Raimundo Escribano, un contemporáneo ejemplo de la perenne validez de nuestro idioma para narrar. La actualizada pervivencia la consigue nuestro buen amigo Raimundo gracias a la modernización y actualización del lenguaje y de los temas que conforman las diez narraciones que integran el volumen que comentamos. La citada actualización y modernización, cuya necesidad es puesta de relieve por el autor cuando afirma, en la página 70 de *El último viajero de la noche*: "Nuestra lengua evoluciona y crece pero le pasa lo que a un niño con su ropa: a medida que se desarrolla, le va quedando estrecha y parte de ella inservible", se lleva a la práctica en sus narraciones, llenas de vocablos y conceptos de la más rabiosa actualidad, e idéntico carácter contemporáneo es el de los escenarios en los que se desarrollan las tramas de sus narraciones.

En cuanto a los procedimientos narrativos, dos de ellas (*Parábola del triunfador y Dulce pájaro de soledad*) utilizan la fórmula del narrador omnipresente, mientras que las ocho restantes (*Aquella ola al amanecer, El cine en casa, El último viajero de la noche -que da titulo al volumen-, El regreso del dios, Casi todos los hombres, El okupa, El hombre que nunca tuvo prisa y La estrella malva*), están contadas desde la perspectiva del yo narrativo, es decir, desde la teórica y aparente subjetividad de cada uno de los supuestos autores.

Como global y genérica caracterización del sus escritos, tanto en sus aspectos formales como de contenido, es preciso poner de manifiesto que Raimundo Escribano es un poeta, un magnifico y reconocido poeta que domina perfecta y adecuadamente la magia de las palabras, lo que le permite llevarnos a los entramados argumentales de sus relatos, en cuyo desarrollo también se descubre la poética conclusión que los hechos narrados encierran.

La primera de sus narraciones, *Aquella ola, al amanecer*, viene precedida por una cita que la anticipa, diciendo: "Sólo aquello que no ha de gozarse nunca, aquel amor improbable que la memoria forjó merece el afán humano", y, consecuentemente, el eje vertebrador del texto, indudablemente poemático, es la existencia de un amor improbable que basa su existencia y justificación en el nombre de la amada Sol, que en si mismo contiene la luz y el calor genéricamente necesario para la vida. A nuestro entender, tan imprescindible y aleatoria es la presencia del astro rey en la bóveda celeste, como la de la amada en la vida del narrador, que llega a afirmar: "Por eso aquella mañana jugabas a irte y volver", del mismo modo que el Sol aparece y desaparece tras una nube que azarosamente lo oculta o permite su visión. Aunque, en cualquiera de los diez cuentos que integran el volumen es posible encontrar

bellísimas expresiones que constatan la intensidad lírica del texto de Raimundo Escribano, nos permitimos incluir en nuestra reseña la que hemos hallado en la página 12 de esta narración, en la que se destaca así mismo la trascendental importancia del nombre de la amada: "Tu nombre escrito en el mar, y en la arena y en mi memoria. Tu nombre eternamente, porque en el amor siempre es ahora, porque el tiempo del amor no se mide en tiempo".

Otros de sus relatos están teñidos de un humor quevedesco con derivas surrealistas, en estos casos las exageradas y desmesuradas aficiones o inclinaciones de sus protagonistas hacen verosímiles, o al menos admisibles, las deformaciones de la realidad que aparecen en ellos. Así sucede en *El cine en casa*, en el que la pasión cinematográfica de la esposa del narrador provoca el incendio y la caída de la techumbre de la casa del protagonista, a quien, al iniciarse el relato, encontramos internado en la unidad de cuidados intensivos de un hospital, donde ha sido trasladado como consecuencia de las graves lesiones ocasionadas por las catastróficas consecuencias de la desmesurada inclinación de su esposa, y, de modo análogo, en *El hombre que nunca tuvo prisa,* que nos narra sintética y sarcásticamente la historia un individuo que nació "mediante cesárea", fue sacado con sacacorchos y llegó tarde a su propio entierro.

Una característica común a estas narraciones consiste en que de todas ellas puede deducirse la existencia de una especie de justicia poética, que da lugar a una reparación de lo que habría podido parecer, en el inicio de la acción, como un injusto e inadecuado planteamiento. Así sucede, en mayor o menor medida, en todos los relatos, por ejemplo, en *Parábola del triunfador*, en el que el ejecutivo de una multinacional farmacéutica, sumido en una crisis matrimonial, ha salido de su domicilio dando un violento portazo esperando la llamada de su pareja a la que ha planteado un ultimátum, consistente en que, si no recibe su llamada a lo largo del día, considerará rotas sus relaciones. Tras pasar su jornada de trabajo convencido de que su compañera será incapaz de soportar sus presiones, cuando conecta el teléfono escucha su mensaje en el cual no le manifiesta su sumisión sino que, con contundencia, le dice que ha decidido abandonarlo definitivamente. Así mismo, en *Dulce pájaro de soledad*, enternecedor y emotivo relato, Doña Matilde, entrañable personaje galdosiano, que vive en perpetua y voluntaria soledad, en la que se sumió tras la prematura muerte de su esposo, Rafael Alvar y Garciagómez, desafortunado e imprevisor abogado y empresario, que había dilapidado su fortuna y la había dejado en una precaria situación económica, oculta ésta cuidadosamente ante sus vecinos, y se hace pasar por una señora con abundantes recursos y múltiples y satisfactorias relaciones familiares. Sus estrecheces y su aislamiento se compensan, en la ficción de Raimundo Escribano, mediante la aparición, en los últimos instantes de la vida de Doña Matilde, de unas imágenes en las que reaparece su esposo "vestido con su impecable traje oscuro", llamándola desde el otro extremo del vagón restaurante en el que hicieron su lejano y maravilloso viaje de novios.

El más extenso y complejo de los relatos es *El okupa*, en el que Roberto, cuarentón con vocación literaria que ha obtenido algunos premios y distinciones, aunque sus días siguen transcurriendo de modo monótono y rutinario, nos relata la irrupción en su vida de un extraño ser, al que instintivamente odia y que da título a la narración. Bajo la influencia de este misterioso e influyente personaje, a quien despectivamente denomina, "aquel tipo", Roberto cambia su manera de vivir, transformándose en un compulsivo fumador, y llega a adquirir un nuevo aspecto físico. La mutación es tan profunda que incluso afecta al tipo de mujeres preferido por su protagonista que anteriormente optaba por las sencillas y recatadas, mientras que tras la aparición del okupa las prefiere rubias y despampanantes.

A nuestro juicio, en el relato que comentamos, sobre todo en relación con el desdoblamiento de personalidad que describe, podemos encontrar ecos o

reminiscencias de los que han dado lugar a obras tan famosas y conocidas como El doctor Jekyll y Mr Hyde de Robert Louis Stevenson. En este caso, las mutaciones que sufre Roberto le conducen a actuaciones consideradas de dudosa moralidad, por lo que ese otro ser que vive en su interior establece con él verdaderas batallas dialécticas, tal como afirma en la página 91, cuando dice: "el debate de tales diferencias tenía lugar en un plano estrictamente mental, donde yo era testigo de cómo la mitad de mi cerebro discrepaba de la otra mitad". Tras este planteamiento inicial, que aparece en la primera parte de las tres en las que el relato se divide, somos ubicados en un escenario que no es otro que uno de los casinos de la localidad: El Antiguo, al que solían asistir "gentes de clase media: bancarios, docentes y pequeños industriales". Cuando aquel tipo irrumpe en su tertulia, Roberto, impulsado por una fuerza irresistible, se lanza sobre él y le golpea hasta derribarlo.

En su tercera y última parte, el okupa desvela algunas de las claves de su comportamiento, y define su especie como aquella que inspira los más excelsos logros y pensamientos de la especie humana, afirmando "Somos la hondura del verso y el éxtasis del asceta". El objetivo de su posesión, de su acoso sobre Roberto no era otro que hacerle experimentar los sentimientos y las impresiones provocadas por los sucesos más placenteros de la vida, obteniendo así materiales de primera mano para sus creaciones literarias. En este sentido, como la influencia del okupa no ha sido capaz de alejarle de su monótono acontecer ni conducirle a los nuevos horizontes intelectuales que le muestra, ni procurarle los éxitos como escritor que podría haber alcanzado si le hubiese seguido ciegamente, Roberto, desengañado y no deseando volver a ver nunca más al okupa que aparecía dibujado en los espejos, ordena colocar todos los de su casa de cara a la pared, y como un vestigio de aquellos momentos en los que estuvo a punto de sufrir una definitiva mutación, sólo le queda un acendrado tabaquismo y su expulsión del casino, ocasionada por su violenta agresión.

El caleidoscópico y humano vivir, su transcurrir múltiple y polifacético, se refleja con variados y adecuados vocablos y con tramas también muy pertinentes y divertidas, gracias a la ágil pluma de Raimundo Escribano en las páginas de *El último viajero de la noche*, en las que se evidencia que han sido escritas saboreando el placer de narrar.

Quienes deseen deleitarse con la lectura de unas narraciones sabia y hermosamente escritas, no deben dejar de poner atentamente sus ojos en las páginas del volumen de Raimundo Escribano que acabamos de reseñar.

Manuel Parra Pozuelo

Puntos de venta

PRENSA. Plaza de América, nº 2. ─ ALICANTE.
VIDEO─CLUB ESPIRAL. C/ Deportista Juan Matos ─ ALICANTE.
LIBRERÍA NOESIS. C/ Pintor Baeza, nº 8. – ALICANTE.
LIBRERÍA 80 MUNDOS Avda. General Marvá, nº 14 ─ ALICANTE.
LIBRERÍA MARÍA DEL PUY. C/ General Espartero, nº 91. ─ ALICANTE.
LIBRERÍA LUXYMAR. Plaza Joaquín María López, nº 4. ─ ALICANTE.
PAPELERIA AMORÓS. C/ Foguerer, nº 3. ─ ALICANTE.
LIBRERÍA COMPÁS (Campus Universidad) ─ (S. Vicente Raspeig) ─ ALICANTE.
LIBRERÍA PISCIS. (Cehegín) ─ MURCIA.
LIBRERÍA GRAN VÍA. (Cehegín) ─ MURCIA.